

RITXARD AGIRRE

# TARÓTICO

*Un Viaje  
Sexpiritual*

**RITXARD AGIRRE**

# **TARÓTICO**

## **Un Viaje *Sexpiritual***

Primera edición 2014.

Título original: TARÓTICO. Un Viaje *Sexpiritual*.

ISBN: 978-84-15495-38-3

D.L: BI-49-2014

Autor: Ritxard Agirre

[ritxard@yahoo.es](mailto:ritxard@yahoo.es)

<https://ri2chard.wordpress.com/>

Imagen portada: Txema León.

Modelo portada: MJ.

Imágenes de los arcanos: Tarot de Marsella.

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A mi abuela Gina, y a su pueblo Huerga del Río (León),  
en donde descubrí mi templo interior.

**Agradecimientos:**

Gracias al tarot y a sus arcanos por inspirarme en esta novela. Muchos capítulos me fueron revelados sin esfuerzo, fluyeron en mi mente fáciles y libres. También gracias a Geo por sus correcciones y al fotógrafo Txema León y la modelo MJ, por cederme tan poderosa instantánea para la portada; a Roberto B. Serrano por la paciencia de encontrar la mejor imagen posible para el cierre de la novela, y por pedalear a mi lado tantos años. Muchas gracias a mis gatos *Micifú* y *Kuka*; y gracias también a ti lector, que tienes en tus manos esta novela, y te unes a este viaje.

## ÍNDICE

El tarot es un cómic.

- Arcano 0. El Loco. Feliz caos.
- Arcano I. El Mago. Magia.
- Arcano II. La Sacerdotisa. Lilith.
- Arcano III. La Emperatriz. Ginebra.
- Arcano IV. El Emperador. Águila.
- Arcano V. El Papa. Dogmas.
- Arcano VI. Los Enamorados. Perturbaciones.
- Arcano VII. El Carro. Viaje astral.
- Arcano VIII. La Justicia. Frónesis.
- Arcano IX. El Ermitaño. El guía interior.
- Arcano X. La Rueda. El eterno caminar.
- Arcano XI. La Fuerza. Brigit.
- Arcano XII. El Colgado. Soñador.
- Arcano XIII. La Muerte. Kali.
- Arcano XIV. La Templanza. Tara.
- Arcano XV. El Diablo. Infierno.
- Arcano XVI. La Torre. Caída.
- Arcano XVII. La Estrella. Dafne.
- Arcano XVIII. La Luna. Hécate.
- Arcano XIX. El Sol. La luz orgásmica.
- Arcano XX. El Juicio. Despertar.
- Arcano XXI. El Mundo. El eterno baile.

Referencias.

Otros títulos del autor.

## El tarot es un cómic.

Cuando era pequeño y no sabía leer, devoraba cómics. Me pasaba horas y horas recorriendo sus dibujos. En mi mente, todo tenía sentido: la trama y los movimientos de los personajes eran claros. Cuando aprendí a leer, recuerdo el momento justo en que decidí empezar a leer los bocadillos de los personajes. Conscientemente, por pereza o por algún otro motivo, retrasé mucho ese momento. El caso es que en cuanto comencé a leer el texto de esas historias que había visto antes sólo en imágenes, observé –cuál fue mi sorpresa– que eran tal y como las había interpretado antes observando solo los dibujos.

El tarot es exactamente igual, si lo miras con la atención, con los ojos de un niño, fluye a ti un torrente abundante y claro de información. El tarot contiene 22 arcanos mayores que, como las imágenes y personajes de mis cómics, nos relatan una historia. Podemos observar por ejemplo los arcanos del Tarot de Marsella, que es el que yo utilizo.

Fijémonos en el Arcano 0, «El Loco» (*Le Mat*), el personaje valiente que se lanza a la aventura, el niño que nace, la felicidad porque sí y porque lo natural es ser feliz.

Más tarde, el Arcano I, «El Mago» (*Le Bateleur*), simboliza el aprendiz que desea ser un maestro, que descubre en sí mismo cualidades innatas con las manos.

Le sigue «La Sacerdotisa» (*La Papesse*), Arcano II, que es la versión en mujer del Arcano I, se dedica al estudio en contrapartida a la habilidad de acción del Mago.

Los Arcanos III y IV, «La Emperatriz» (*L'Imperatrice*) es la mujer que abandona los estudios, que desea ser madre y creadora, y «El Emperador» (*L'Empereur*) es el hombre exitoso en los esfuerzos del Mago, que ahora es fuerte, estable y cuida de lo conseguido.

El Arcano V, «El Sacerdote» (*Le Pape*), es la unión de ambos (Emperatriz y Emperador), que desde el inicio, hombre y mujer, comenzaron a caminar con sometimiento a la autoridad divina.

Le sigue «Los Enamorados» (*L'Amoureux*), Arcano VI, que representa las disputas, los celos, las traiciones, las infidelidades, los problemas que todas las parejas sufren en el desgaste de la convivencia, pero también las reuniones, las negociaciones, las decisiones importantes y cruciales en la vida.

El Arcano VII, «El Carro» (*Le Chariot*), es el éxito, el movimiento firme dirigido hacia un objetivo; cuando ya sabemos lo que queremos y por fin estamos preparados, y sin dilación, vamos a por ello.

«La Justicia» (*La Justice*), Arcano VIII, es la mujer sabia, autoritaria y a la que todos escuchan porque su influencia es enorme; su palabra es ley gracias a la experiencia y al conocimiento que ha adquirido en anteriores arcanos.

El Arcano IX es «El Ermitaño» (*L'Hermite*), representa a «El Emperador» que ya no ejerce su fuerza hacia afuera para conseguir logros materiales, sino que ahora está más interesado en buscar su luz y su poder dentro de sí mismo.

El Arcano X es «La Rueda de la Fortuna» (*La Roue de Fortune*), que marca el fin de este ciclo, el cambio, el karma, una nueva reencarnación que depende de los méritos adquiridos: ¿vuelves al principio? ¿o se te premia con el siguiente arcano, que es «La Fuerza» (*La Force*)?

Arcano XI, «La Fuerza» (*La Force*), su imagen representa la fuerza *yang*, creadora e incontenible, en la figura del león, que está protegida por la fuerza *yin*, en la figura de la mujer que doma y guarda esa creatividad.

«El Colgado» (*Le Pendu*), el Arcano XII, es el adolescente de esta nueva reencarnación, es un soñador, un idealista, un antisistema, una persona que siente que no es de este planeta, un incomprendido, pero que al final acepta el reto de vivir aquí, como una lección que tiene que aprender en su camino, y también como un regalo.

«La Muerte», el Arcano XIII, lo visita cuando «El Colgado» por fin acepta su destino, y consigue subir de estado de

consciencia gracias a la mutación de viejas ideas inservibles en ideas nuevas.

«La Templanza» (*Temperance*), Arcano XIV, es la protección divina y la sanación que le es revelada y regalada, un avituallamiento para el duro camino que aún le espera a nuestro héroe.

El Arcano XV, «El Diablo» (*Le Diable*) es la aceptación de la parte oscura de todos, una de las lecciones más importantes, el descenso a los infiernos, necesario para el conocimiento de uno mismo.

Luego, llega «La Torre» (*La Maison Dieu*), Arcano XVI, que es la liberación, simboliza nuestro hermetismo, y revela que el infierno anterior solo existía en nosotros mismos, por eso en la imagen vemos un rayo que nos saca de esa encrucijada.

El Arcano XVII, «La Estrella» (*Le Toille*) es la luz que guía en el camino, el maná que nos sacia cuando ya estamos abatidos, agotados, y nos revitaliza para seguir adelante con nuevos bríos.

«La Luna» (*La Lune*), Arcano XVIII, representa la mente inconsciente, las ilusiones, los miedos que nos atenazan, y tal vez el escollo más importante para muchos: el enfrentarse a la verdad que se oculta.

Le sigue «El Sol» (*Le Soleil*), Arcano XIX, que es el calor, la gloria, el gozo, la recompensa, pero sin más aplausos que los de nuestro corazón, la felicidad que siempre estuvo ahí: dentro de nosotros, latiendo y esperando, y por fin alcanzado, es el abrazo a la luz y uno de mis arcanos favoritos.

Con el Arcano XX llega «El Juicio» (*Le Jugement*), que marca la nueva consciencia, el autodescubrimiento, el premio por haber llegado a la meta, la anunciación del ser que estaba dentro de ti, dormido, y que por fin ha despertado.

Y finalmente, el Arcano XXI, «El Mundo» (*Le Monde*), que es el baile del universo, el fluir con todos los elementos en armonía, representados por el toro (tierra), león (fuego), ángel (aire) y águila (agua), que se corresponde con el signo de Escorpio.



## **ARCANO 0.**

### **El Loco. Feliz caos**

«Seamos locos, por la causa de Cristo». **San Pablo**

Un día genial iba a comenzar, el sol radiante y yo, preparándome para un gustoso paseo con la bici. Me levanté temprano con un montón de planes para aprovechar el día, y sin duda, lo iba a exprimir al máximo. Justo cuando me colocaba el casco y observaba la presión de las ruedas, apareció ÉL, con su risa bobalicona, su medio metro, su piel verde manzana Golden tan solo tapada con un ridículo taparrabos rojo a lo Tarzán, y en la cabeza un absurdo gorro amarillo luz intenso que jamás le vi quitarse.

–¡Jijijijiji...! ¿A dónde vas? –preguntó ufano el duende.

–¡Mira enano, me largo a pedalear, y nada va a impedirme gozar de este día! –repliqué nervioso, ya que la aparición de semejante visión a lo largo de mi vida jamás me había traído nada positivo.

–¡Jijijiji! –seguía carcajeándose, y yo cada vez más irritado–. ¡Pronto verás cuán equivocado estás!

–¡Maldito aborto de la naturaleza! ¡Esta vez no te reirás de mí! ¡Yo...! –en ese mismo momento sonó el timbre de la puerta, y de nuevo con mofa, befa y hasta escarnio, la risilla del duende sonó una vez más y desapareció.

«No, no puede ser verdad», musitaba para mí mientras me acercaba a abrir, y en efecto, ahí estaba la vecina que rauda entró en casa para que ningún curioso del edificio la viera.

Curiosamente, a veces, la vida te pone de bruces. Te invitan a ser responsable a fuerza de mitigar tus instintos, tu animal primitivo, y yo lo intento, de verdad, de veras que sí, pero soy un inestable, tanto o más que la sociedad en que me ha tocado vivir, absurda, llena de controladores dogmas y normas que más absurda la hacen, y cuando asumo tal concepto, mi existencia es feliz y despreocupada, pero mira que justo tenía yo el día «racional», vamos que tenía el día tonto.

–Ginebra, no te puedes quedar, ¿no ves que estoy a punto de salir?

–¡Ay, no seas aguafiestas! –replicó ella con esa niña que le sale cuando sabe que está siendo mala. Tampoco me resistí mucho, y es que la «niña» madura y madre de familia era una mujer menudita de pelo corto dorado con mechas caobas, amplios ojos marrones, voluminosos pechos que siempre gustaba mostrar en generosos escotes, y encima ese día vino con ajustada minifalda azul que invitaba a sacar el lobo a pasear.

–¡Joder, nena! –suspiré mientras me bajaba un poco el culote para sacar al aire a Colmillo Blanco–. ¡Que sea rapidito!

–Ay, anda, ven aquí, que te quitaré las prisas... –dijo mientras se arrodillaba para hacerme el servicio exprés que demandaba.

–¡Qué bueno!

–No te corras, ¿eh? ¡Quiero que me folles!

–¡Tú sigue que ya sabes, yo controlo! –ordené mientras pedía más intensidad agarrando fuerte su nuca contra mi sexo.

–¡Qué grande está, cariño!

–¡Ahhh...! ¡AHHH...! –vociferé con el orgasmo inesperado y una eyaculación de toro en pleno paladar de la infiel.

–¡Serás cabronazo egoísta! –me abroncó indignada, furiosa mientras me miraba inquisitiva y se erguía–. A mí no me ves más el pelo. ¡Capullo! ¡Ay, mira que dejarme así! ¡Mira que hacerme esto! ¿Para esto arriesgo mi matrimonio y mi posición?

–Yo, yo..., joder, la verdad es que me ha pillado de sorpresa... yo... –balbuceaba buscando una explicación plausible.

–¡Que te den! ¡Payaso arrogante! –sentenció Ginebra, que se iba con un calentón de olimpiadas y con un violento portazo salía de mi casa; y yo ahí, con cara de lelo, con el lobito al aire, seguía intentando recomponerme.

Tras unos instantes, me encogí de hombros y eché la culpa a los nervios del «directo». Oye, al fin y al cabo ¡ella se presentó sin avisar!, si es que ya no hay amantes como antaño, mujeres que te respetaban, sumisas, que venían cuando tú lo decidías. Ahora mira, pasan cuando les sale del coño, y el resultado ya se ve cuál es... ¡Pues que no se queje! ¡Anda ya! ¡¿Acaso no soy un macho alfa?! ¡Joder, pues eso!

Así que en cuanto pude pisé carretera, y me fui a rodar por las pistas de Vizcaya durante varias horas, satisfecho de mí

mismo. Paré en un pueblo costero para reponer fuerzas con un bocata de jamón, y tras la digestión, decidí volver por el *Txorierri*. Subiendo Artxanda, bajando Santo Domingo y por la mitad del descenso, en un cruce donde yo tenía preferencia, un Ford Fiesta negro saltó su *stop*, y sin capacidad de reacción, colisioné con su parte delantera, di una vuelta de campana y caí de cabeza en el duro asfalto. El casco me salvó la vida, pero no me salvó del estado inconsciente en el que quedé por un tiempo difícil cuantificar.

–¡Jijijijijiji! ¡Chaval, despierta! ¡Jijijiji...!

–¿Dónde estoy? ¿Qué rábanos haces tú aquí? –dije aturdido.

–¡Estás en mi casa y en mi mundo! –replicó–. Ya era hora de que me devolvieras la visita después de tantos años, ¿no crees? ¡Jijijiji...!

Me incorporé. Era de noche, y a mi alrededor vislumbré un cementerio. No sentí miedo ni aflicción, pero sí sorpresa. Decidí caminar observando las tumbas. Entre árboles y lápidas, todo formaba una peculiar sintonía armoniosa.

–¿Vives aquí? –pregunté asombrado–. ¿Por qué?

–¡Jijijijiji! ¡Querido amigo! –contestó complaciente–. ¿Dónde mejor que aquí para tener ganas de vivir y reírte de lo que preocupa y hace sufrir? ¿Dónde mejor para comprender la insensatez de todo? ¿Dónde mejor sitio para entender que aquello a lo que más importancia damos es a su vez lo que más debemos de tomarnos a chanza?

–¡Siempre creí que estabas de atar y que aparecías en mi vida para trastocar todo lo que hacía! –repliqué–, y ahora te veo hablando con tanta sabiduría...

–¡Jijijiji! ¡No andas desencaminado! –concedió–. Estar «loco» me da buena suerte. Mi salud mental pasa por mi infantilismo: si pienso como un niño, todo es más fácil y encima divertido. En cuanto a esa sabiduría de la que hablas, tan solo es un abrazo constante a la espontaneidad y a la providencia, así asumes que ningún control es posible. Solo existe el gozo constante en un caos circular, irrompible y eterno.

Alcé la vista, vislumbré un fascinante cielo estrellado, y me sentí estremecido. Decidí sentarme, contemplar asombrado y agradecido tamaño espectáculo coral en el universo. La brisa que me acompañaba era la paz más absoluta. Entraba en mi cuerpo como un mantra, inundando hasta la última de mis

células. Entonces lo pude sentir, sentir el silencio, ese silencio que conocimos antes de nacer, antes de todo... lo comprendí y lloré de dicha.

El duende se sentó a mi lado.

–¡Qué poca cosa soy ante esta inmensidad! ¡Y a la vez qué felicidad siento! –acertaba a decir temblando.

–¡Jijijiji! Poco o nada, aun así, tienes tu espacio en el todo.

–¿Sabes que nunca te he preguntado cómo te llamas? –dije algo avergonzado, y por una vez no rió; simplemente, me miró agradecido y respondió:

–Me llamo Hesíodo, pero llámame Bruno, me gusta más entre nosotros –agregó– y ahora debes volver.

–¿Volver?

–Sí, y quiero que recuerdes que tienes una infinita energía interior que te impide ser un mero figurante. Existes para ser protagonista aquí, ahora y siempre.

–Exactamente, ¿qué quieres decir? –cuestioné estupefacto.

–¡Jijijijijiji! Ya lo sentirás cuando vuelvas. ¡Ahora vete! Te están esperando.

–¿Esperando? ¿Quién me espera? ¿De qué me hablas, joder? –las preguntas se agolpaban en mi boca.

De repente, sentí un dolor agudo en la cabeza, y unos golpes en la cara. Una luz blanca me cegó. Lo siguiente que pude ver fue un hombre desconocido y asustado que acertaba a decir algún tipo de excusa.

–¡Hey, chico! ¡Te juro que no te vi! ¿Estás bien? –insistía el conductor en medio de un atasco provocado por nuestro choque.

–Sí, sí...

–¿Quieres que llame a una ambulancia? ¡Has estado unos minutos inconsciente!

–No, no hace falta –contesté con un hilillo de voz–. Me encuentro mucho mejor, gracias. –Quería salir de allí raudo, y el chofer «asesino» no insistió, aliviado porque no iba a denunciarle.

Agarré mi bici, que nada tenía aparte de unos rasguños, bajé unos metros mientras el tráfico se descongestionaba, y unos segundos después, parecía que nada había sucedido allí. Me quedé en la acera respirando para tranquilizarme. Sin embargo, el mareo del golpe me provocó vomitar abundante y dolorosamente, desde el fondo de mi alma, y tras vaciarme me

sentí mejor, aliviado. Me incorporé apoyándome en un muro, y allí sentado, sonriendo y con las manos en la cara, estaba Bruno.

–¡Jijijijiji! Vaya viajecito, ¿eh? –dijo con sorna.

–¡Aún no has visto nada! –exclamé a pulmón abierto, con una energía desconocida por mí hasta entonces–. ¡Ahora mismo bajo como un rayo hasta casa, y disfruto de lo que me queda del día!

–¡Jijijijiji! ¡*Bon voyage!*

Con ímpetu monté y sin pensarlo, regresé ufano y veloz. Entré en mi humilde morada, pensé que debía ducharme y hacer unos estiramientos, pero en ese mismo momento, estallé en una risa loca y caótica. Decidí hacer lo que me apetecía y no lo que debía. Así que, sin cambiarme, hecho una piltrafa, lleno de sudor y moratones, besé y abracé a mis dos gatos, Micifú y Kuka, me preparé mate, calenté un litro de agua y lo vertí en el termo. Salí a la terraza y allí me senté, mirando el parque, la ciudad en un atardecer que moría, mientras una y otra vez sorbía feliz mi yerba caliente. Y en esa repetición, sin avisar sentí que el tiempo se detenía y me diluía con él. Feliz, comprendí que ya no volvería a ver a Bruno, y le di las gracias desde lo más profundo de mí ser por mostrarme lo que siempre supe: que no hay ni principio ni final, solo el eterno caminar. Entonces sonreí.

¡Jijijijiji...! Y aún sigo sonriendo.



## **ARCANO I.**

### **El Mago. Magia**

«El que no cree en la magia nunca la encontrará».

**Roald Dhal**

El atardecer tocaba a su fin. Bajando el Monte Mandoia, adelantándome a mi compañero de fatigas que era más temeroso y prudente en las pistas generosas de este mágico monte, arribé al pantano de Lekubaso. Allí, sobre una roca, rodeado de árboles, con el aroma del sol que muere, dejé la bici y me senté a esperar a mi sufrido amigo de pedales. Observando la placidez del pantano, ensimismado en la nada y el todo, oía tan solo el latir fatigado de mi corazón, con el gozo muscular del descanso feliz, con mi respiración acompasada y la mirada perdida y a la vez encontrada, con el bosque, el cielo, los últimos cantares de los pájaros, la quietud y la paz. Ahí me perdí, mis ojos en sus aguas amables, fascinado por un momento tan mágico, abandonándome y encontrándome. Del agua surgió, muy lento, la cabeza de una mujer de pelo dorado, ojos verdes y tez blanca; hipnótica, se acercaba e iba descubriendo su cuerpo desnudo. Se dirigía hacia mí, y yo permanecía inmóvil, sorprendentemente calmado. Ya fuera por completo de las aguas, la vi. Desnuda entera, tan blanca como la luz, de contornos suaves y estatura media. Sueño o no, seguía yo sin poder moverme. Con sus ojos esmeralda fijos en mí, se aproximaba sin demora a mi persona. Aunque estaba atrapado por su hechizo, una chispa de mi inconsciente pedía a gritos ahogados poder moverme ante la seductora mujer. Acerté a ver que separaba un poco los labios, y de esa ínfima comisura salió un gemido ahogado, un siseo.

–¡Shhh...!

Mi pecho se encogió como si un peso invisible enorme me aferrara y aplastara. La mujer alzó su mano izquierda, abrió un poco más su fina boca, y volvió a emitir ese sonido desde lo más profundo; esta vez, más intenso.

–¡SHHH...!

Ahora me dolió, un dolor desde lo más hondo. Sentía cómo corría la sangre desenfrenada por mis venas, arterias y hasta el

último vaso capilar de mi cuerpo. En ese momento lo supe: estaba en peligro. La mujer sonrió muy sutilmente; era la sonrisa de un demonio. Volvió a coger aire para un tercer aliento, posiblemente, el definitivo. Quería moverme, huir, escapar, pero mi cuerpo entero estaba rendido sin remisión. No había escapatoria. Sin embargo, esta vez su sonido fue diferente.

-¡Ghhhiiii...!

Su sonrisa se transformó de repente en una mueca de terror. Su mano bajó; su poder sobre mí disminuyó, y pude ver la verdadera causa de mi salvación: un lobo se había acercado amenazándola, dispuesto a saltar y atacarla. La mujer gimió de pavor. El lobo salvador gruñó mostrando su feroz mandíbula, la saliva de la ira cayendo sobre la hierba, con las patas tensas ligeramente flexionadas para el ataque definitivo. Ante tal amenaza, la demonio torpe giró y corrió de vuelta hacia el pantano. En su errático camino, pude fijarme en sus pies, anchos, con los dedos apenas separados, como los de ¡un pato! Acercándose de nuevo al pantano de donde surgió, se arrojó al agua y desapareció.

-Has tenido mucha suerte, muchacho -dijo una voz detrás de mí, que se acercaba a acariciar el lobo ya manso, juguetón con el hombre, alto y fuerte, con barba pronunciada mitad canosa. Vestía igual que un trampero y se apoyaba sobre un fino bastón. El hombre, de edad adulta, aunque indefinida, volvió a hablarme mientras continuaba mimando y rascando a mi salvador.

-Has tenido un encuentro con una Lamia, amigo mío, y de las peores, un demonio, una vampira. Has podido salvarte gracias a la intervención de las fuerzas salvajes del bosque -comentó mientras dedicaba atenciones cariñosas a su compañero, y hoy mi benefactor.

-¿Pero qué magia es esta? -pregunté con un hilo de voz, incrédulo aún ante lo que acababa de ocurrir.

-Cuando somos incapaces de escuchar las voces del bosque y de los seres que lo habitan, lo llamamos magia, brujería y cosas peores. Sin embargo, la Lamia te ha dejado muy tocado, ha absorbido mucho de tu esencia vital, te ha desarmonizado. Vas a estar muy débil, amigo mío, debes buscar ayuda y debe ser una mujer la que de nuevo te lleve a tu centro, ya que ha

sido una mujer la que te ha robado tu energía. Las mujeres son dadoras de vida, pero también de muerte...

-¿Una mujer? ¿Qué mujer? -pregunté ansioso.

-Una bruja, una sanadora, una sacerdotisa de los espíritus de la naturaleza -concluyó.

-¿Y dónde puedo encontrar a esa mujer?

-Te lo diré al oído -y agachándose me susurró todo lo que necesitaba saber-. Ahora debo irme. ¡Mucha suerte!

Y allí, inmóvil, veía cómo el hombre se perdía entre los arbustos cuando detrás de mí alguien reclamó mi atención a gritos.

-¡Ritxard! ¡Ritxard! Pero macho, ¿qué haces? ¡Vámonos! Llevo rato aquí abajo. ¡Anda, levanta, monta y a casa que ya es casi de noche!

-Sí, disculpa Angus... -contesté, y al intentar incorporarme, casi me caigo de bruces, impidiéndomelo el colega.

-¡Pero tío! ¡Vaya pájara llevas! -dijo medio riéndose, tal vez satisfecho de verme más débil que él-. Lo mejor es que bajemos al pueblo y volvamos en tren.

-Sí, gracias. La verdad es que apenas puedo andar y mucho menos pedalear -admití.

-¡Jajajaja! -estalló ya sin remisión mi amigo-. ¡Mira tu culote! ¡Estás totalmente erecto! ¿Algún sueño erótico despierto? ¡Para estar tan flojo, chico, tienes el falo como el mármol! ¡Jajaja...!

Sorprendentemente, no había caído en mi excitación. En ese momento comprendí que la vampira me había seducido con una forma erótica de terror para robar mi energía. El trampero me lo había dicho claro: usó mi sexo como faro, contacto de mi energía vital y esencia de vida, y esa especie de siseo como sonido... ¡Era el mismo sonido que cuando absorbes de una pajita o das una calada profunda a un cigarro! El horror me atrapó aún más en mi entendimiento repentino. Necesité la ayuda de Angus para montar en bici. A duras penas llegué a la estación de Usansolo, con la suerte de que hasta la parada de tren era todo cuesta abajo. Ya en el ferrocarril, cerré los ojos y volví a ver los ojos verdes de la Lamia, esperándome, sedienta de mí, sedienta de más.



## **ARCANO II.**

### **La Sacerdotisa. Lilith**

«Las mujeres son secretistas por naturaleza, y les gusta practicar el secreto por su cuenta»

Sir Arthur Conan Doyle

–¿Mari?

–¿Eres el chico que llamó antes?

–Sí, soy yo.

–Sube, te estaba esperando.

No había ascensor. Vivía en un segundo piso, y todo el edificio olía a humedad y moho. El portal era oscuro, sin luz apenas, sombrío. Subí las escaleras, aún débil. Desde mi encuentro con la vampira de los bosques hacía ya una semana, no había ido al trabajo. Para llegar aquí, había tenido que pedir un taxi desde mi casa, y eso que el piso de Mari está a pocas calles de distancia. Golpeé el pomo de la puerta dos veces, y quizás, como prolegómeno de lo que hoy me iba a suceder, el tiempo se enrareció y ralentizó desde ese momento.

Abrió la puerta al fin. Vestía elegante y a la vez humilde, la verdad. Incluso podría decirse que uno se asombra de su sencillez. Un batín verde largo cubría su cuerpo, y no podría acertar a decir si llevaba por dentro algo más. Su mirada era penetrante desde el primer instante que cruzamos los ojos y no cejó un segundo de observarme, como si quisiera entrar hasta las mismísimas profundidades de mis entrañas. Tengo que admitir que, a pesar de su aspecto poco cuidado, era una mujer muy atractiva, fuera tal vez de los dogmas de belleza establecidos, pero sí muy sugerente, por decirlo de alguna forma. Estaba ya en la edad en que toda mujer equilibra sus energías, y es terriblemente apetecible para el hombre valiente.

–Querido Ritxard, pasa al salón, acomódate –me invitó con mesura–. Yo me situaré frente a ti.

–Gracias, estoy muy fatigado, tengo temblores en las piernas. Me han hecho pruebas, y me han informado de una anemia fuerte. Estoy con suplementos vitamínicos, pero si les contara...

–Ya. Si les contaras qué te pasó, nadie te creería, ¿verdad? –concedió, con la suficiencia de las personas que entienden sin que nada les cuentes.

–Sí, –admití– así es.

–Has tenido un encuentro brutal con un demonio femenino. Corrígeme si me equivoco.

–Para nada, está usted en lo cierto.

Enfrente de mí, pude observar sus bonitos ojos marrón oscuro, con algún tono ocre verdoso, llenos de compasión y entendimiento. Sus manos me atraían sin saber por qué. De estatura media, el pelo rubio abundante y liso, mujer de generosas curvas para los gustosos de la carne, aunque en ese momento fuera tapada hasta casi los tobillos con su batín color bosque.

–Necesitas un tratamiento de choque, a la altura del ataque que sufriste. ¿Crees que estás preparado?

–Sí, por favor –rogué–. Haré lo que sea.

–Más bien debo hacer yo –rió–. Tú solo debes abandonar el miedo y dejarte llevar. ¡Ah! Y mirarme todo el tiempo que puedas a los ojos.

–De acuerdo –repuse convencido–. Me pongo en sus manos.

Y tras un silencio incómodo, ella sentenció:

–Las mujeres somos vehículos de transformación, damos vida a la carne, pero regidas por la luna como estamos, también esa carne podemos debilitar e incluso destruir. ¿Tu pene estaba erecto en el momento del hechizo? –cuestionó sabiendo la respuesta, buscando mi sinceridad.

–Sí.

–Pues a través del vehículo que utilizó debemos regenerar tu energía –explicó–. Es muy normal que los demonios usen el órgano sexual. Es más, es el que más utilizan.

–¿Y cómo lo vamos a hacer? –cuestioné ya sin paciencia ninguna, expectante de que empezáramos.

–Como te dije, mírame a los ojos y déjate llevar, haga lo que haga, ríndete y viaja...

Sin dejar de fijar su mirada en mí, ni yo en ella, convencido de llegar hasta las últimas consecuencias, se postró ante mí de rodillas y abrió con sus manos mis piernas. Al contacto las sentí frías, heladas. Sin embargo, no me quejé. Ella seguía observándome más y más. Sin llegar a tocarme, posó su mano izquierda sobre mi cremallera. Un calor, suave al principio y

fuerte pasado un tiempo casi ínfimo, empezó a brotar en mi sexo, que revivió con nuevas energías. Sin dejar de mirarla, sentí satisfacción, ya que no había tenido ni una sola erección desde mi encuentro con la Lamia. Observándome fijamente, con la mano derecha bajó mi bragueta, y mi pene apareció brillante, duro y venoso como nunca; creía que iba a explotar. Mari seguía penetrándome con sus ojos. Con su lengua fina empezó a lamer desde la base hasta la punta, y en ese vaivén sentía más y más la profundidad de sus ojos como estacas. Empecé a gemir y recordé que debía rendirme. Aún no sé cómo pero de pronto metió todo mi pene en su boca, y el calor me inundó. Sentí que iba a eyacular, pero con su mano derecha agarró fuertemente la base de mi sexo, y con la izquierda tocó, con la palma abierta, mi corazón. El calor me envolvió entonces desde el centro de mi pecho. Una luz me cegó un instante, y de ahí ya no vi nada más.

Todo era oscuro; tenía frío, miedo; no sabía dónde estaba. De pronto reaparecieron los ojos, y supe que debía mirarlos. Al poco, de esos ojos salió una luz que iluminó el contorno de la dueña de ese mirar: una serpiente enorme y alada, grande como una anaconda, con alas de dragón. Recogida sobre sí misma, sacó y escondió fugazmente su lengua viperina durante unos segundos, y sin dilación abrió sus fauces y me engulló. Volvió la oscuridad.

A lo lejos, luces. Me fui acercando. ¿Estaba en el estómago de la serpiente? ¿O tal vez había pasado a otro plano? Según me acercaba, las luces eran antorchas colocadas en rocas y piedras. Estaba en una especie de cueva enorme con luz tenue, llena de estalagmitas y fosas de agua. No estaba solo. Enanos oscuros acerté a ver al principio escondidos; luego, cada vez más atrevidos a mi alrededor. Iban desnudos y no sabría adivinar su sexo, pero corrían de aquí para allá riéndose, mofándose de mí. De piel oscura, aspecto rugoso, nariz chata, orejas pequeñas y puntiagudas, eran pequeños demonios que brincaban sin parar. Estaba claro que había bajado a las profundidades más extremas.

Una mujer blanca de cabellos rizados larguísimo color fuego apareció de entre los demonios. Era hermosa y estaba desnuda. Se acercó con un caminar seguro y firme. Una serpiente ondeaba su cuerpo como una caricia desde los pies

hasta la cabeza y se apoyaba sobre su hombro derecho, celosa de su ama.

–¡Bienvenido! ¡Pocos hombres se aventuran a venir hasta aquí! –exclamó contenta.

–¿Quién eres?

–Tengo muchos nombres. Algunas culturas me presentan como diosa. Otras, como demonio o monstruo, madre sacerdotisa... pero soy una mujer, al fin y al cabo, la primera de todas; una mujer rebelde desde un punto de vista masculino de ley y orden, y según los escritos de los hombres, expulsada del paraíso, pero fui yo la que me escapé para ser dueña de mi destino y de mi profundo mundo interior.

–¿Lilith?

–¡Muy listo! –respondió con satisfacción–. Y ciertamente, es el nombre con el que más me gusta que me señalen, ¡sobre todo tú, Ritxard! porque soy tu protectora –dijo con especial énfasis en mi nombre, con complicidad sutil y hermética.

–Gracias, Lilith, me honras –reverencié con humildad, me sentía guardado y feliz de estar con ella, como si nos conociéramos desde siempre.

–Sé por qué has venido. Volverás a tu centro cuando partas en un momento y tendrás además más fuerzas y energías que las que conocías antes –proclamó.

–¿Me vas a donar aún más que lo que tenía?

–Más que darte esa energía, tú mismo la recibirás del universo cuando hagas espacio dentro de ti.

–¿Espacio?

–¡Sí! –afirmó contundente–. ¿Ves todos los demonios alrededor de mí? ¿Ves que no se acercan a mí, que los tengo a raya? Tú debes hacer lo mismo con los tuyos.

–¡Yo no tengo demonios! –grité–. Bueno, que yo sepa –corregí con humildad.

–¿Acaso en tu vida no hay momentos en los que sientes ira, envidia, odio y otros sentimientos negativos? ¿Acaso a veces no te dominan y te anulan?

–Sí, –admití– confieso que sí.

–Esos son tus demonios. Este es el secreto que te vas a llevar: aprende a verlos y observarlos cuando se acerquen, pero recuerda que no te pertenecen. Te será útil para los próximos días cuando te sucedan pruebas que deberás acometer. Debes estar listo para el viaje al que estás destinado.

–¿Destinado? –pregunté inquieto.

–Y sin vuelta atrás –me contestó con ternura–. Y ahora debes hacer otro viaje; debes dejar la mansión creadora del inconsciente y volver a tu plano existencial.

–¿Cómo?

–Ya lo deberías saber –me sonrió cómplice–. Dejándote llevar... ¡y mírame a los ojos! –Y mientras decía esto, se acercó con su mano izquierda y tocó el centro de mi pecho.

La luz se volvió cegadora otra vez; puntos infinitos de colores aparecieron ante mí. Me inundó un concierto de brillos sin forma conocida. Poco a poco las tonalidades fueron haciéndose más mate, hasta que la borrachera de luz pasó, y me encontré frente a Mari.

–¡Vaya viajecito! ¿Cómo te encuentras?

–Mejor que nunca –contesté radiante y observé mi bragueta abierta y mi pene erecto mientras seguía ahí sentado.

–Es mejor que guardes tu «serpiente», ¿verdad?

–Ya lo creo que sí, joder –contesté convencido–. El dragón alado debe guardarse del frío y sacarlo a volar cuando es menester.



## ARCANO III. La Emperatriz. Ginebra

«El adulterio es justificable; el alma necesita pocas cosas, pero el cuerpo muchas». **George Herbert**

–¡Ponme otra Félix!

–¡Kontxo, Ritzard! –exclamó el camarero–. Hoy no perdonas, ¿eh?

–Necesito vitaminas. ¡Qué quieres que te diga!

Tenía razón el pingüino; hoy no iba a salir de allí hasta perder el conocimiento, y no seré yo quien defienda las bondades de la cerveza y el alcohol, pero a veces me gusta visitar el infierno, me hace ver las cosas mejor que diez horas de meditación. Y una tras otra jarra de birra tostada, iba quemando la tarde, cuando entró Ginebra, mi vecina favorita, y muy cuca ella, se sentó a mi lado.

–¡Hola, cariño! ¿Qué te parece? –preguntó vanidosa–. Vengo de la peluquería.

–Crei que estabas enojada conmigo.

–Sí, estaba, pero a los hombres hay que perdonaros. Sois tan inmaduros y egoístas...

–Parece que el otro día no di la talla –admití.

–Mira, Ritzard –cogió aire un segundo y me soltó su rollo, muy seria ella– yo soy una mujer que tengo derecho a elegir los amantes que desee. Por supuesto, desde la más estricta intimidad, porque he invertido mucho tiempo y energía en mi matrimonio y mi familia. Lo que pasa es que a veces me canso de ser la madre perfecta y esposa abnegada, y necesito sacar mi lado oscuro, ¡pero esto ni me frivoliza ni baja mi valor como mujer! Está claro que eres un zoquete, pero al menos eres discreto, y esa seguridad es la que me hace volver una y otra vez, con la esperanza de que mejores –concluyó, no sé si en serio o en broma.

–Vaya, eres muy amable. Cualquiera diría que me conoces muy bien, aunque en nuestros encuentros poco o nada hablamos.

–¡Ay, los hombres! ¡Qué poco sabéis! –prosiguió–. Las mujeres tenemos una comprensión intuitiva mucho más

desarrollada que vosotros, una percepción y un conocimiento que ningún libro recoge o puede explicar, solo señalar.

–Claro, claro –dije por decir algo, ya que mi cerebro me había abandonado en la segunda frase de su discurso, y me dediqué a poner cara de interesado por fuera, pero ausente por dentro.

–¿Y qué te parece? ¿No te gusta el corte nuevo? –interrogó–. Me lo he cortado más. Es la moda, sabes.

–A mí tu pelo no me interesa –contesté con la valentía del que ha bebido.

–¿Cómo dices? –exclamó ante mi impertinencia, mientras se pedía un mosto, la sanota de ella.

–Pues lo que oyes, a mí lo que me interesa son esos labios que inducen al pecado y a la erección masculina.

–¡Jajajajaja! –rió a mandíbula batiente–. Debería abofetearte por atrevido. ¡En mi vida me han tratado así! Siempre me han hablado como a una reina, y a eso estoy acostumbrada.

–Ya, ya... ¿y qué tal si discutimos eso en el excusado del bar? –ofrecí.

Llevaba un vestido corto beige y calzado marrón con tacones. Era una mujer que en su vida había ejercido siempre una especie de liderazgo sobre los hombres, culta, amante de lo bello, con don de gentes, decidida. Le gustaba ser admirada y rodearse de «pagafantas». Sin embargo, era una infiel fiel; coqueta, un poco zorra y *lady* a la vez, la verdad, ya que era mujer de un solo amante. Supongo que alguno más ya sería peligroso, amén de poco recomendable. Para mí era una mujer admirable, que iba con la verdad de frente, ante todo madre y esposa, dejando bien claro lo que le importaba, que yo era una simple diversión de fácil olvido, y no me siento mal por ello, para nada, más bien al contrario.

–Cariño, propones las cosas de manera tan sutil... –contestó irónica, con la gracia de un cisne–. Además, estoy con la regla.

–Genial entonces, porque como te dije esa boca tuya...

–¡Vale, vale! –dijo azarosa–. Ve tu primero para disimular, que luego entro yo. Suerte tienes que no hay nadie en el bar más que nosotros, que la regla me pone muy cachonda y que a mi marido le da asco tocarme en estos días.

No tuvo que repetírmelo dos veces. Fui al baño raudo, y mientras esperaba, decidí orinar las últimas cervezas ingeridas.

Cuando ya me la estaba sacudiendo entró ella con las ganas de una gatita sedienta.

–No te la guardes aún, ¡vamos a ver a qué te sabe hoy pillín! –ordenó inquieta, mientras, sin perder tiempo, con la excitación de la que puede ser descubierta, empezó con su satisfactoria tarea–. ¡Mmm... así me gusta, que sepa a hombre!

–Ahhh, Gineee... –musité–. ¡Joder! ¡Das la talla y cumples con las mejores expectativas!

–¡No seas pelota y córrete pronto, cabrón! –me soltó la fina de ella–. ¡Me muero de sed!

–¡Acato tus órdenes! ¡Ahhh...! ¡Ahhhhh...! ¡Ahhhhhh...! –vociferé apagadamente para que Félix no nos oyera–. ¡Qué pasada! ¡Hacia tiempo que no eyaculaba tan a gusto!

–¡Mmm...! –saboreó hasta el final–. Sabes que soy abstemia, ¡y esto sabe a cerveza! ¿Nadie te dijo que el semen cambia de sabor dependiendo de lo que comas y bebas?

–Desde luego, cada día aprendo una cosa nueva de ti, Ginebrita –suspiré encantado de conocerme.

–¡A ver si me tienes en consideración y endulzas un poco tu dieta entonces! –bramó, mientras yo meditaba si alguna vez sería capaz de dejarla contenta–. Y ahora aquí, quietecito un rato. Salgo yo primero. Deja pasar un par de minutos y sales tú.

Asentí con esa mezcla de satisfacción y atontamiento que me da cuando dejo que millones de hijos míos sean devorados. Me abroché con lentitud los pantalones, volví a mi taburete en la barra y me senté ante mi cerveza, a la que apuré los dos últimos sorbos.

–¿Otra más, Ritzard? –me ofreció Félix.

–No lo sé, debo moderar un poco el bolsillo. ¿Cuánto te debo?

–Nada, la mujer que se sentó al lado tuyo acaba de marchar, y ha dejado la cuenta pagada.

–¿Todo? –exclamé con sorpresa.

–Todo –me confirmó–, entonces, ¿quieres otra?

Callé durante unos segundos y al final dije:

–No, ponme un zumo de piña.



## **ARCANO IV.**

### **El Emperador. Águila**

«La fuerza más fuerte de todas es un corazón inocente». **Victor Hugo**

Necesitaba reflexionar profundamente sobre mi encuentro con mi guardiana, y protectora, Lilith. Y para eso nada mejor que yo y la bici. Puede que haya gente que lo encuentre un deporte solitario, pero la soledad me conecta con mi ser, los sueños de mi alma; cada pedaleada es una luz en mi interior, acompañada por las respiraciones, el esfuerzo moderado... ahí me encuentro y me hallo. Como alguien me dijo alguna vez, la bicicleta es la relación más duradera que he tenido en mi vida, y a día de hoy sigue siéndolo, ya que es la relación conmigo mismo; cuando monto en ella, es una parte más de mi cuerpo. Entonces empiezo a verlo todo más claro, más seguro, más intuitivo y racional. Gracias a los trayectos sobre la madre tierra y bajo el padre celestial, me lleno de fuerza vital, afronto las responsabilidades con un gozo que se acrecienta en mi interior.

Voy subiendo al Monte Oiz, ese fantástico mirador de Bizkaia, y mientras más me elevo, mayor autoridad tiene mi corazón, más claros son los mensajes, más justos y poderosos son los retos con los que la vida me enfrenta. Como siempre he sido algo antidogmático, mi inspiración ha sido la gran sacerdotisa, el yin oculto, donde busco y me recojo; me guardo latente, maduro y salgo cuando estoy preparado, con plenitud y seguridad, con la atención que guarda el poder que se presta a ser usado.

Descanso un momento, gozo de la inmensidad del cielo y la maravilla del paisaje donde se adivina la ría de Gernika, que desemboca en el mar. Respiro, vuelvo a los pedales y sigo alimentando mi corazón con la perspectiva que me dan las experiencias pasadas -alquimia sabia, estable permanencia- con un sentimiento que es intensamente preciso y masculino: la esencia *yang* del arroyo, de la bondad y del humor. Y cuando llega la cima, me detengo. La ecuación cuadra: arriba y vacío; el gozo de estar y el placer del silencio, donde las respuestas

aparecen porque las voces callan. Me siento y contemplo sin contemplar, que es como meditar pero sin intentar meditar, es decir, trascender y sublimar. La quietud y el respirar me dan placer.

Entonces, observo delante de mí, sobre una rama, un águila, un águila perdicera, de ésas que pocas quedan ya. Me mira como yo la miro. Sus ígneos ojos rojos me transmiten su fuerza; echa a volar, y yo vuelo con gran gozo sobre el fastuoso panorama vizcaíno. Sobrevuelo ermitas, cuevas, caseríos, calizas, riachuelos, bosques de pinos y de algunas hayas escondidas en los lugares más insospechados. Me alejo y paso por el Ojo de Atxulaor, y a la vuelta disfruto de las vistas sobre la isla de Txatxarramendi. Navego por el aire con el perfil de un emperador que se reconoce fuerte en su hábitat, y escondido busco presas, me siento un portentoso cazador, agresivo, noto la fuerza de mis garras listas. Mi casa es el cielo y mi maniobrabilidad está llena de maestría. Soy libre. Mi padre me da espacio, y mi madre, alimento. Y vuelvo a Oiz, a la rama de donde partí. Agradecido y honrado, termino el viaje, lleno de energía y sin fatiga alguna, hasta que una voz me despierta del éxtasis.

-¡Vaya viajecito, muchacho! -exclamó un hombre detrás de mí.

-¡Usted! -respondí con grata sorpresa.

-Te veo más recuperado.

-Sí, así es. Joder, gracias a usted, y a su lobo... -dije con la humildad del verdadero agradecido.

-Me alegro. Debo marchar ya, -mientras acariciaba a su temible acompañante- y no es lobo; es de padre lobo y madre perra... y es chica -y la seguía rascando, mientras la loba era todo mimos y carantoñas hacia su amo.

Costaba imaginar cómo un animal tan entrañable con su dueño podía convertirse sin dudar en temible y despiadado en una fracción de segundo, y me preguntaba si con estas acciones, los animales nos estarían recordando algo que a los humanos, en algún momento de la civilización, se nos olvidó.

-La verdad es que no esperaba verle aquí -repuse con la esperanza de retenerle un poco-. Estamos muy lejos de donde nos vimos la primera vez.

-Las montañas son mi casa, muchacho. En todas habito. Te sugiero que te cuides, aún te queda un largo viaje por

recorrer –me dijo solemne y firme, pero sin atisbo de prepotencia, con un tono amistoso y reconfortante.

–¡Un momento! –intenté detenerle un minuto más. Era un hombre huidizo con un aura no sólo de mística naturaleza salvaje sino de extrema timidez-. ¿Cómo se llama?

–¿Mi nombre? –se preguntó, calló unos segundos y respondió–: Los que alguna vez me han visto, me llaman Intxixu –y sin más, se volvió y perdió con su loba tras unos arbustos.

Me quedé mirando por si regresaba, con la seguridad de que no lo iba a hacer, pero estaba tan bien allí mientras reflexionaba en lo que me había dicho, y de repente, un SMS me sacó de mi letargo «Ritxard, el miércoles te espero en el bar de Félix para tomar una. Un abrazo, Luis».

Contesté con un «Ok», y me dispuse para disfrutar de la bajada, dirección Durango. Subí a la bici y bajé veloz, seguro, poderoso, con el aire en la cara, buscando la pista que llevara al asfalto, bailando encima del sillín, liviano y fuerte a la vez, sensación que solo se consigue con la pureza inocente del corazón. Descendí con ímpetu en las curvas, gozando de las dificultades, jugando con el peligro, con autoridad, libre... como un poderoso águila surcando el cielo.



## **ARCANO V.**

### **El Papa. Dogmas**

«No me quejo si alguien que ha leído el libro lo encuentra aburrido, absurdo o despreciable, ya que yo tengo una opinión similar sobre sus comentarios».

**John Ronald Reuel Tolkien**

Una ducha y como nuevo. Aparcada la bici, me preparo para salir, renovado.

Hay costumbres rígidas en la vida que siempre funcionan, y para mí una de ellas es deporte, ducha y bares. Un bucle infalible, como las mujeres «circuito», aquellas que para acostarse contigo siguen el dogma de «las invitás, las sacas a pasear, las llevas al cine y a cenar; luego, tal vez, solo tal vez, con la percepción femenina de que accediendo a tus deseos carnales van a seguir sacando más y más de ti, te permiten gozar de su sexo y sus encantos». Lleno está el mundo de mujeres así: mucho más listas que sus oponentes varones. Ellas son capaces de conseguir el éxito dogmático establecido por su psique femenina. Sus capacidades y armas yin son de largo mucho más refinadas, sofisticadas y destructoras que las nuestras.

—¿Por qué no te sacas algo? —me preguntó la morena despampanante del bar elegido. Era un comentario típico de tanteo y estaba claro que, de paso, debería invitarle algo a ella; gratis no iba a ser.

—Claro, joder, ¡cómo no!

Abdiqué ante los encantos de un escote de infarto, de unos labios prometedores y pecadores. Y es que estas mujeres sacan el idiota que llevo dentro...

Y mientras ella sutilmente me analizaba de forma interesada, me examinaba a ver si yo sería una buena presa para sus fines e ideales, yo lo único que hacía era mirarle los pechos, el culo, lo típico en estos casos vamos, e imaginaba cómo llevármela al catre. Me esforzaba por seguir captando su atención, como cuando era niño: cada vez que una autoridad, fuera paternal o religiosa (ya que estudié en un colegio católico), me preguntaba si podía hacer algo, como la morena y

su «pedido»; en el fondo era una orden y obedecía por miedo, porque no deseaba perder la atención y el favor, por supuesto ilusorio, del que me hacía la «inocente» petición. Luego, claro está, llegué a esa edad en que se me hincharon los cojones, me salieron pelos en tan sagrado lugar, me cambió la voz y sucedió lo inevitable: reemplacé en cierta manera la autoridad paterna/religiosa por las mujeres. Entonces llegó la profesora de inglés y me empalmé, cosa fina oye, y es que hay una edad en la que pasas de Heidi a la figura educativa femenina, y todo preadolescente que se precie habrá mojado sus sábanas con nocturnidad y alevosía; y si ningún hombre se siente identificado con lo que digo, yo confieso que sí, y durante muchos años.

Y ahí estaba yo, en el bucle eterno de caer siempre en la misma trampa: una mujer que me prenda a primera vista y capta mi interés, o al menos el de mis más bajos instintos. Claro que una hembra así siempre juega con ventaja y a varias bandas, y mientras me tanteaba con la vista, sobrevolaba al resto de varones presentes, buscando el más apetecible según su punto de vista. Todos los hombres lo sabemos; es el juego de la seducción: intentas demostrar que tú eres el más Alfa, y que hará muy bien en elegirte y abrir sus piernas para ti y no para otro. Dicen que en el amor y en la guerra vale todo, sobre todo para las mujeres que siempre enarbolan la bandera de la sinceridad, pero no por convencimiento sino por puro egoísmo selectivo, para descartarte o aceptarte. Al final, sin remisión, vino la pregunta que marca un antes y un después en este tipo de coqueteos:

–¿Y a qué te dedicas, guapo?

Y justo cuando iba a decirle que era cirujano plástico o jefe de un gabinete de abogados o cualquier cosa similar que le bajara las bragas, me sorprendí a mí mismo contestando una subnormalidad:

–Soy empleado...

–¿De veras? –sonrió falsa, y automáticamente empezó a mirar para otro lado–. Oye, ¿te importa si voy a saludar a un amigo? Hace mucho que no le veo, sería de mala educación por mi parte no ir un ratito, pero que sepas que eres muy agradable, y me ha gustado mucho hablar contigo. Tal vez nos veamos luego, en otra ocasión.

–¡Claro, aquí estaré! –contesté mordiéndome la lengua. Sabía de sobra que era un *game over* como la copa de un pino.

–Hasta luego, guapo –se despidió la muy arpía–. Un placer.

Y allí me quedé, como un pasmarote, borracho, sin capacidad de reacción, con una derrota que ya conocía y asumía, y bueno, por dentro me reía, porque ¡qué demonios! el humor es el único antídoto. Total, estaba mareado de tanto beber, con menos dinero en el bolsillo, sin chica ya... me di cuenta de que me sentía muy débil, una debilidad interior, que venía desde lo más profundo de mi ser, ¿habría sido esa debilidad la que me hizo responder erróneamente? ¿Qué me pasaba? No lo sabía, pero nada bueno era.

Decidí en ese mismo momento mandar un mensaje a Mari. Me sentía incómodo, raro. Sabía que la medicina tradicional no me iba a ayudar. Algo germinaba dentro de mí, y necesitaba de un apoyo en un plano alternativo. Al poco, mi curandera me respondió: «Querido, sabía que era cuestión de tiempo. Ven la semana que viene.»

Al leer su contestación me calmé un poco, y pude recibir ufano a mi amigo Angus, que entraba por la puerta con el aspecto bohemio e intelectual del que siempre hacía gala: su pelo largo, su físico casi rozando lo enclenque, una de esas personas que das por hecho que cuando lleguen al ocaso de sus vidas seguirán igual de aspecto. Éramos compañeros de coloquios frívolos, absurdos, surrealistas, amorales e intrascendentes, que derivaban a veces en experiencias verborreicas místicas, y es que sin debates así, uno se queda en la norma, el dogma; en definitiva, el estancamiento. Un pequeño maestro Angus, que acercándose a mí como cada noche de todo alcohol y nada de sexo, me saludó, y me preguntó con la sorna del que ya sabe qué le vas a contar:

–¿Qué tal, Ritxard? ¿Qué te cuentas? ¿Triunfando a tope?

–¡¿Te tengo que contestar, macho?! –repliqué seco. A cualquier otro le hubiera sonado maleducado si no es amigo y no intuye qué cojones ha pasado.

Se sentó a mi lado con el apoyo silencioso y tranquilo del que no te juzga, lo cual es un regalo, una energía extra que te guardas para ti agradecido. Pidió una cerveza, y asumiendo que se presentaba una feliz noche etílica, sin mujeres, como Dios manda, añadió con una sonrisa:

–Claro que no hace falta. ¡Bebamos pues!



## **ARCANO VI.**

### **Los Enamorados. Perturbaciones**

«De esta vida te llevarás, lo que metas nada más».  
Refranero Popular

Allí estaba, esperando a Luis. Tal como me dijo, fui puntual.

Me pedí un cubata bien cargado; me ayuda a sobrellevar la basura de los demás cuando escucho, sobre todo porque cuando se confiesan conmigo visualizo lo que me cuentan como una película en la que el actor soy yo, y entiendo que mi vida no es tan diferente a la de cualquiera, ni la mía ni la de nadie. Todos con los mismos trastornos y dilemas, con el juicio del bien y el mal en la mente, de lo correcto o lo arriesgado, y, al fin y al cabo, la búsqueda de la felicidad. Mis momentos de felicidad son aquellos en los que tengo paz y equilibrio, ¡lo que pasa es que hay agentes externos que continuamente los torpedean! La familia, las parejas de mi vida, los amigos, el trabajo... El mundo y sus dilemas, ¿verdad? Era más fácil cuando era niño y las respuestas las tenían las figuras de autoridad: mis padres, profesores e incluso los sacerdotes de mi colegio. Pero llega un momento en que la responsabilidad es sólo mía. Ya no hay más normas que las que yo me imponga, ni más ley que la que quiera seguir, y según esto, lucho cada día conmigo mismo y me pregunto, en un conflicto eterno, ¿lo que hago es lo mejor?, ¿seré aceptado por algún dios o ente supremo que me vigila?, ¿o debo vivir mi vida sin que nada me importe?

Intuyo que cuando logre obviar estas disertaciones y deje de intentar entenderlo todo, comenzará el sendero de la mismidad eterna, pero claro, solo lo supongo; no soy Buda. Soy tan solo un hombre que cada día que se levanta siente que todo esto puede no ser más que una gran broma y aún no se da cuenta.

–Disculpa el pequeño retraso, Ritxard –me saludó Luis y pidió una consumición–. Félix, por favor, para mí otro como el de mi amigo, pero bien cargado, ¿ok?

–¡Marchando!

-¿Qué te cuentas, señor Hefesto? -pregunté-. No puedo quedarme mucho, así que confiesa, cabroncete.

-¡Jajajajaja! ¡Siempre llamándonos por el apellido! ¡Como desde crios en el colegio! -reía.

A Luis le hacía mucha gracia este detalle, y seguidamente, me soltó:

-¡Ay, chico! Me he enamorado, ¡qué te puedo decir!

-¿De veras? ¿Y quién es la afortunada? ¿Y tu mujer? ¿Lo sabe Brigit?

-¡Qué dices! -exclamó-. ¡Ni lo sabrá! Necesitaba confesárselo a alguien. La verdad es que más que enamoramiento es adicción al peligro. El saber que hago algo malo me hace sentir vivo. Tengo una vida tan predecible, y el temor a ser descubiertos... pero nunca se me ocurriría dejar a mi mujer, ¿estás loco? Este capricho amoroso pasará... pero mientras tanto lo voy a vivir a tope.

-¿Y por qué me cuentas esto?

-Bueno, a diferencia de los demás amigos, tú nunca me has juzgado y como eres aún el único soltero... Vamos, que necesitaba confesárselo a alguien, y que me diga «Hefesto, tranquilo tío, joder, es algo normal que alguna vez nos pasa en la vida», y ese tipo de cosas.

En ese momento me sonreí por dentro, y me di cuenta de que, como Luis, yo también sigo buscando a veces esa figura de autoridad que ya no tenemos como adultos, al dejar el nido de nuestros padres; alguien que nos diga: «bueno, en el fondo eres un buen chico», cuando un conflicto interno nos agobia. Algunos se confiesan a un cura; otros, al amigo especial que nos da la absolución, y así volvemos a esa armonía entre el espíritu, es decir «yo soy buena persona», y el instinto, es decir «¡qué tetas tiene esta, esa o aquella! ... ».

Hefesto siempre me hizo gracia y lo apreciaba. Superamos cosas juntos. Incluso una vez, de jóvenes, me quitó una novia. Con su altura y estudios universitarios, buen vestir, deportista, de trato amable y charla animada, tenía su público entre las féminas, y supongo que nada tuve que hacer, pero bueno, el amor entre dos hombres heterosexuales todo lo puede superar.

-¿Y por qué no te puedes quedar un rato más?

-He quedado con una nena -confesé.

-¡Ay, Ritzard! Tú al menos no te escondes -replicó-. Yo tengo que inventarme excusas para verla. ¡Si vieras qué mujer!

Es del trabajo. Ahora voy a su casa, y siempre que voy, oficialmente, tengo reunión u horas extras que cumplir.

–Te entiendo... aunque yo también me escondo a veces.

–Sí, ya, lo que tú digas, tío –respondió incrédulo y cambiando de tema señaló–: yo a Brigit la quiero, ¿eh?

–Claro que sí. Nadie lo duda. No hay más que veros cuando estáis juntos...

–Pero es que... es que es muy difícil todo esto –terminó de disertar.

–Esa última frase lo resume todo. No le des más vueltas, Luis.

–Ya... –afirmó con la cabeza gacha, como una persona que se rinde ante la evidencia–. En fin, ¡gracias por la copa, tío! ¡Debo marchar! –Se animó de repente y se fue como vino.

El muy mamón había dejado que pagara yo.

Pagué las dos consumiciones y me largué con mis pensamientos a otra parte.

Mientras caminaba reflexioné sobre los últimos acontecimientos. ¿A dónde me conduciría todo esto?, si es que tenía que llevarme a algún lado. ¿Acaso el alma y el deseo no son lo mismo?, porque conectan con nuestro instinto y no conozco nada más espiritual que un animal que nada se juzga. ¿El libre albedrío existe o es una ilusión? Y así andaba, con ese tipo de pensamientos de espiritualidad barata y estúpida que a veces me atacan.

Una vez llegado al portal, llamé al piso y me abrieron sin preguntar ya que me esperaban. Cogí el ascensor. Subí al undécimo piso. Allí, en camisón, me esperaba ella.

La verdad es que es una mujer tan bella que, como decía Luis, «todo es muy complicado». De tez sonrosada, media melena, cuarenta años, aún muy atractiva, vientre plano de cuidarse a pesar de haber tenido hijos, adorablemente femenina y recién perfumada de la ducha, como ella sabe que me gusta...

–Pasa, amor –dijo con impaciencia–. Tenemos dos horas. Me ha llamado Luis, me ha dicho que había mucha carga de trabajo en el taller, y tenía que quedarse.

–¡Genial entonces, Brigit! –repliqué sin confesar que ya lo sabía, mientras cerraba la puerta tras de mí; y en ese instante lo sentí: elegimos libremente nuestras compañías y estamos donde queremos.

Yo decidía estar allí.

-¿En qué piensas?

-¿Pues?

-Estás tan absorto... -me susurró mientras me abrazaba, y yo oía el frescor de su piel invitándome a quitar su camisón y besar su desnudez.

-Joder, pensaba en la vida -musité mientras descubría sus senos y me lanzaba sobre ellos.

-¿La vida? ¿Y qué es la vida? -preguntó estremecida mientras yo lamía su pezón y luego daba buena cuenta del otro.

Ella se apuraba en desabrocharme los pantalones, y sin pensarlo me respondí la pregunta con el eco de la voz interior, que resuena cuando dejas de pensar y empiezas a sentir, cuando abrazas el silencio de las sensaciones y la verdad se escucha clara y te sorprende sin alterarte. Durante ese segundo de vacío lo supe, supe la respuesta:

La vida es follar.



## ARCANO VII. El Carro. Viaje astral

«Ir, ir juntos, más allá del más allá, hasta la orilla del despertar». **Estrofa del Hannya**

El día siguiente no era mi mejor día. Había dormido mal. Llego ya a una edad en la que debo entender que alcohol y sexo tiene un precio, y hoy en el trabajo iba como zombi, pagando los excesos del cubata, del amor y, sobre todo, del ayuno. ¡Quién me mandaría a mí a beber y follar sin comer!

La jefa me citó en su despacho, y para nada bueno sería. Mientras ella gritaba y vociferaba, mi mente se escapaba por parajes y lugares llenos de paz y encanto. Siempre he tenido esa cualidad, desde niño, la de evadirme. Ahí, como un pasmarote, la veía moverse, gesticular airadamente, la observaba hablándome firme, con rigor, de lo insatisfecha que estaba con mi trabajo. Nunca me llamaba por mi nombre, siempre se dirigía a mí como «muchacho», supongo que era una forma más de proyectar su rol superior sobre mí.

Me fijaba que siempre llevaba faldas ajustadas, chaqueta, y camisas blancas desabrochadas convenientemente. En el trabajo era famosa no solo por sus malas pulgas y su prepotencia, sino también por ese culo respingón que a todos nos volvía locos, con la carnal fantasía de pasarte por la piedra a tu jefa. La señorita Amparo Eunomía es una mujer de carácter, de rompe y rasga, con pelo recogido muy favorecedor. Andaba por las oficinas altiva y muy digna ella, sabedora de sus encantos. De fina figura, rubia y siempre muy arreglada, una mujer tan deseable como temida.

–¡Muchacho! –se desgañitaba–. ¿Has entendido? Quiero los informes de Prevención de Riesgos, ¡ya! ¡Es tu trabajo atrasado! ¿Entiendes? ¡Me da igual que no fuera tu responsabilidad antes!

–De acuerdo, señorita Eunomía... –contesté volviendo a la consciencia al notar que el volcán estaba terminando de brotar sus fuegos.

–¡Pues vete! ¡Y a final de jornada lo quiero en mi mesa!

Regresé a mi despacho, medio aturdido y bostezando. Entre el agobio y el cansancio, me senté de mala gana y resoplé. Tenía la mesa que daba pena, llena de papeles, facturas, ofertas y proveedores que contestar. Ese día me había prometido no hacer nada... y así lo iba a hacer. Lo que pedía la mandamás ya lo tenía hecho de hace días, y es que a veces me invento que tengo trabajos atrasados, soporto la bronca de turno, no me cargan con nuevo material por ese día, y entonces puedo ponerme a dormir un poco. Vamos, ¿quién no lo ha hecho alguna vez?, no me invento nada nuevo. Entrecrucé los dedos y cerré los ojos un momento (me lo puedo medio permitir porque tengo mi propio despacho) confiando en que llamen a la puerta antes de entrar y no me descubran roncando en clave de sol.

Pasada una breve cabezadita, abrí los ojos y apareció un enorme y alucinante carro frente a mi mesa. Dudando de si estaba soñando o no, me fijé que el carro estaba tirado por dos soberbios caballos que me miraban y me invitaban a subir. A su alrededor había una neblina gris que parecía ser parte del vehículo. Atraído por tan fascinante visión, me acerqué y subí. Nada más hacerlo, me invadió una energía interior renovada. Ya no estaba perezoso ni cansado. Me pregunté cómo podría arrancarlo ya que no veía correas ni nada para conducir los fantásticos corceles. Como si hubiera escuchado mi pregunta, el caballo negro se giró y me habló:

–No podemos movernos, hay exceso de equipaje.

–¿Cómo? ¿Perdón? –exclamé fascinado.

–Mira en tu bolsillo izquierdo y tira lo que haya dentro – habló ahora el caballo blanco.

Y así lo hice. Para mi sorpresa, el bolsillo estaba lleno de arena sucia, que vacié sobre el suelo de la oficina.

– Esa arena simboliza tu avaricia, tu pereza y tu envidia. Debes arrojarlas o no podremos irnos.

–Y ahora, en tu bolsillo derecho –dijo firme el corcel oscuro.

Ipsa facto y aturdido de que unos caballos me hablaran con tanta autoridad, obedecí. De allí saqué una especie de humo negro sólido y putrefacto que rápido arrojé fuera de mí.

–Ahí dejas tu lujuria, tu gula, pero sobre todo tu soberbia y tu ira. Ahora ya podemos irnos –concluyó el noble animal.

El carro se levantó sobre su neblina gris, y tras un destello que me cegó un instante, me encontré cabalgando en pleno

espacio infinito a una velocidad endiablada pero segura. Podía contemplar el universo de estrellas, planetas y nuevas galaxias que jamás había visto y que, sin embargo, me resultaban familiares, como si ya hubiera estado allí alguna vez.

Los corceles galopaban y galopaban. El viaje era un desafío maravilloso y fantástico, un subidón de adrenalina, una invitación a la imaginación del espacio exterior, o puede más bien que fuera interior. Agujeros negros y supernovas descubría a cada latido, cada galope. Cuanto más viajaba, más extendía mi conciencia de lo efímero, y más abrazaba a la vez lo perecedero como un regalo, como un don del que nadie se libra, ni siquiera la estrella más poderosa, ni el universo más grande. Alcor, Mizar, Aldebarán, Cástor, Polar, Rigel, Betelgeuse... Todas veía pasar, y todas me saludaban.

La velocidad aumentaba. Ya apenas discernía los caballos delante de mí, pero seguía sintiendo el carro, yo era el carro. A mayor velocidad, mayor era mi gozo. Mi cuerpo era luz, y veía asomar a cada lado de mi pecho las cabezas de los corceles: blanco en el pecho izquierdo y negro en el derecho. Sonreía, quería ir más allá. No sabía qué iba a hacer más allá, pero me daba igual. ¿Qué más daba? Solo quería ir porque debía ir allí; era mi destino, y yo claudicaba ante él.

Me acercaba a una enorme puerta de luz. Allí era donde me esperaban, donde todo regresa, la fuente de todo. Me mezclo, me disuelvo y me fundo en ella... y después, el silencio, la calma, la nada y el espacio que ocupa el todo.

–¡Muchacho! ¡Muchachooo! –vociferaba fuera de sí Amparo.

Obligado, salí de mi letargo. En ese momento yo era aire, todo lo sentía ligero y liviano. Regresaba de un viaje de infinita luz.

–Señorita Eunomía, discúlpeme –acerté a decir–. El trabajo está terminado. Por favor, tómelo.

–¡No es de recibo su actitud, muchacho! –dijo abrumada tal vez por mi reacción, y también satisfecha de que el trabajo a simple vista estaba correcto.

–Señorita Eunomía, no sé por qué usted tiene tan mala energía dentro –respondí mientras me levantaba convencido, y me ponía frente a ella.

–¡No necesito reflexiones, muchacho! ¡Y menos de un vago que se duerme en el trabajo!

–Verá... Es que no dormía, montaba en un fantástico vehículo...

–¿Montaba? ¿Qué montaba? ¿De qué está hablando, muchacho? ¿Ha perdido la cabeza? ¡Estaría soñando! –empezó a subir aún más la voz–. ¡Que sepa que voy a dar un parte sobre usted a personal!

–No importa lo que montaba, señorita, pero sí importa lo que voy a montar ahora –repliqué, aún poseído por la firmeza y determinación de quien está seguro de lo que va a hacer. La agarré firme de la cintura y la puse sin dilación sobre la mesa mientras levantaba su falda en un movimiento rápido y efectivo.

–¿Qué hace, muchacho?! ¡Pareee...! –pero nadie la escuchaba. Yo me había dormido, y todo el personal se había ido a su hora. Tenía una erección de caballo y sin prolegómenos absurdos la penetré sorpresivamente.

–¡Esto es montar! ¿Lo ve?

–¡Ahhh! ¡Sí! ¡Síii! ¡Ahhh! ¡Muchachooo!

–¿Quiere galopar más rápido, señorita Eunomía?! –grité, empujando duro contras sus nalgas –¿Le parece bien así de rápido, joder? ¿O prefiere, tal vez, mayor velocidad? ¡Tal vez, deberíamos azuzar un poco más el motor!

–¡Ahhh! ¡Muchachooo! ¡Por dios! ¡Siga! ¡Así! ¡Sí! ¡Más fuertee! ¡OHHH...!

–¡Ahhh...! –bramé, y saqué la verga justo para eyacular sobre sus muslos. Tras unos segundos para recuperar el resuello, me recogí los pantalones y me dispuse a marchar con la sensación del deber cumplido–. Se terminó la gasolina y el viaje por hoy, señorita –concluí.

Poco a poco la jefa, silenciosa y en paz, se fue arreglando. Apagué el ordenador. Fui recogiendo mis cosas. Durante ese tiempo se creó una agradable complicidad latente. En esos silencios entendí más a mi jefa que en meses de gritos, e incluso me sorprendí percibiendo cariño hacia ella. Me dispuse a marchar finalmente, y cuando estaba casi saliendo, ella me llamó por mi nombre por primera vez:

–Ritxard... –musitó.

–¿Sí?

Me miró atravesándome, como deleitándose del momento, como a un héroe que triunfa sin apoyos, por el autodescubrimiento que fluye a través de una batalla personal

e intransferible, con la recompensa de las nuevas energías e ideas. Al final, con la autoridad que nunca la abandonó, dijo sonriéndome pícaro, con mi informe sobre Prevención de Riesgos en la mano:

–Buen... buen trabajo, muchacho.



## ARCANO VIII. La Justicia. Frónesis

«Justicia sin misericordia es crueldad».  
Santo Tomás de Aquino

–Pasa querido, por favor, estaba peinándome.

–Gracias, Mari.

Con una sonrisa me invitó a entrar, mientras no dejaba de acicalarse el pelo. Me quedé en la sala, y ella regresó a la terraza, desde donde vislumbraba los montes mientras cepillaba sin pausa su larga melena rubia.

Recuerdo que usaba un bonito peine dorado, juraría que era de oro. Era fascinante verla cómo gozaba mimándose el pelo. Cuando quedó plenamente satisfecha, por fin entró, y habló primero:

–Sé por qué has venido, querido.

–¿Lo sabes?

–Sí, pero quiero que me lo cuentes tú.

Era una mujer hermosa como ya he dicho, pero también penetrante y justa. Con ella era mejor ir al grano y no mentir. Intuía que, si no decía la verdad, mi castigo sería no volver a verla. Era la real encarnación de una mujer independiente, que según tus actos te devuelve lo que das.

–No sé cómo explicarte... –empecé– es como si hubiera días en los que no soy yo, como si mi ser a veces se apagara y tuviera reacciones, como te diría... impropias de mí.

–Estás desarmonizado –resumió–. Lo observé la primera sesión que tuvimos. Era cuestión de tiempo, más bien breve como ves, que volvieras a mi casa.

–¿Desarmonizado?

–Sí, así es –prosiguió–. Durante tu vida, casi siempre has usado solo tu elemento fuego, tu parte *yang* desarmonizando así tu yin. Has abusado tanto, que hay días eufóricos y otros vacíos.

–En efecto –respondí sorprendido–. Eso es exactamente.

–Debes ponerte en equilibrio con la divinidad femenina que está dentro de ti. Tu elemento agua debe potenciarse.

–¿Y qué puedo hacer? Ayer tuve un momento yin en un viaje a otros planos, aunque al despertar, el *yang* resurgió enérgicamente.

–Tal vez te pusiste tan yin, que la reacción fue un *yang* aún más intenso, y es que cien por cien yin es *yang*, y al revés –me explicó–. Aunque estoy segura de que fue divertido en cierta manera para ti, ¿verdad, querido? –preguntó, dándome la sensación de que siempre lo sabía todo de mí.

–En efecto, fue muy... excitante –admití, y ella prosiguió:

–Debes volar al centro de tu corazón y recuperar el equilibrio.

–Joder, ¿y cómo lo haremos? –cuestioné.

–Desnúdate. Haremos el amor. Usaremos la energía sexual para entrar en tu alma y regenerarla –me dijo seria–. Pero dime, querido, ¿sueles ponerte encima o debajo?

–Confieso que encima.

–Pues toca debajo –ordenó–. Y te sugiero que explotes más posiciones en las que el hombre tenga un rol más pasivo. Debes dejar que el yin cubra tu *yang*, que lo dome y le de paz. Ahora yace sobre el suelo.

Obedeciendo y sin ropa, me tumbé en el duro suelo de madera, incómodo al principio, aunque según pasaban los segundos mi espalda iba adaptándose. Ella se quitó su bata verde, y su pelo rubio cayó hasta su cintura. Sus formas rotundas y salvajes de mujer enseguida me excitaron, y cuando se acercó postrándose encima de mí, me llegó su perfume, ¿o era su olor corporal? Un olor a bosque, a suave armonía en el monte después de una tormenta. Mi pene se puso erecto al instante, y Mari dejó entrar mi sexo en ella. Quise cogerla de la cintura pero ella drásticamente apartó mis manos.

–Te he dicho que te dejes llevar. Deja que el agua cubra tu fuego, que la luz sea una espada que corte tus cadenas. Relájate. Recibe y sobre todo, déjate fluir.

–¡Ah! –gemí sintiendo su mojada vagina, sus músculos internos acariciando mi dragoncito. Aguantándome las ganas de tomarla de repente y someterla con fuertes y pasionales penetraciones.

–¡Shhh! –musitó–. Relájate. Déjate mecer. No pienses; solo siente.

–¡Ahhh! ¡Síii!

–Ahora escúchame, –dijo mirándome fijo sin dejar de moverse sobre mí– irás a un lugar donde debes buscar una cueva oscura y una espada. Dentro de la cueva hay un guía. Te está esperando.

–¿Y qué le digo?

–Ya sabe lo que necesitas. ¿Estás preparado?

–¡Sí!

–Entonces, ¡allá vamos, querido! –exclamó con luz en los ojos. Extendió su mano derecha a la altura de mi corazón, sin tocarme, y empecé a sentir un calor que ya conocía.

–¿Mari?!

–Dime –contestó–. ¿Te encuentras mal? ¿Quieres parar?

–No, pero tengo miedo –confesé.

Ella sonrió.

–Buen chico. Eres sincero. Mereces este regalo.

El calor que proyectaba empezaba a quemarme más y más, como un cuchillo que dolía, que me penetraba y tiraba de mí a la vez, que intentaba separar los pliegues de mi carne y clavarse en mis entrañas. Sudaba y reprimía los gritos.

Un haz de luz se proyectó de la palma de su mano e iluminó un mandala circular de fuego que salía de mi corazón. Me estaba quemando. Mari estaba en trance, y yo sentía destruirse algo en mi interior, transformándose. Sabía que debía aguantar. Era una espada liberadora y trascendental que me abría en canal. El mandala brotaba cada vez más intenso, más grande. De su centro cegador salían rayos, como gotas que giraban sobre sí y desaparecían y volvían a aparecer. No pude más y quise gritar.

Para mi sorpresa, todo se detuvo menos yo. La habitación estaba paralizada, como el fotograma de una película que se pone en pausa. Mari y su mano de rayos y centellas no se movían; mi ser físico, tampoco. Sin embargo, mi cuerpo sutil se desprendió de mi carne y pude contemplar todo, mientras el mandala me atraía a su centro como un agujero negro. Confieso mi terror: por mucho que quisiera rendirme al hecho de que este viaje era ya inevitable, me daba pánico lo que sucedía. Como humo fui disolviéndome dentro de mi cuerpo y desaparecí.

¿Qué me esperaba al otro lado?

Era un viajero y partía a un destino incierto.



## **ARCANO IX.**

### **El Ermitaño. El guía interior**

«No es sabio el que sabe dónde está el tesoro, sino el que trabaja y lo saca». **Francisco de Quevedo**

Apenas puedo ver. ¡Qué terrible calor!

Un incómodo silencio me envuelve en un paisaje lleno de ruinas. No veo vida alguna aparte de la mía. Ninguna vegetación. El aire está cargado, lleno de monumentos en decadencia y desolación. Camino buscando ese guía que me ha dicho Mari.

Poco a poco los ojos se van acostumbrando y veo mejor mi entorno: es un gran holocausto. Pienso en lo grande que debe de ser mi desarmonización, y en qué significa esto. Todo está impregnado de una gran soledad. Estoy contemplando a ese gran desconocido que soy yo. Observo y escucho cualquier sonido que me llegue al caminar. Me lleno de coraje y me miro sin miedo, ya que no existo más que en la relación conmigo mismo, y mientras camino, aprecio el arte de la misma mismidad presente, aunque sea un pequeño infierno interior. Veo y escucho un intenso vacío.

Diviso una cueva y sé que debo ir. Entrar en ella es enfrentarme a la más extrema negrura. Allí en el suelo, al pie de la entrada, está la espada que me ha indicado Mari. La recojo, y huelga decir que ¡jamás usé una! Mi única experiencia previa ha sido con las que usaba de niño con el disfraz de mosquetero, y esa experiencia no valía ahora, claro... Nada más tocarla, me parece ver o intuir algo más de luz en su hoja, o es una sensación.

Ya en el corazón de la cueva, me deslizo por un angosto corredor, y creo vislumbrar una luz tenue al final. Más animado, sigo adelante. De repente, un horror callado, sinuoso y reptil intenta caer sobre mí. Una enorme serpiente de gran cabeza me ataca e instintivamente, a ciegas, blandó mi espada, con la fortuna de que hiero al animal. La espada se clava en sus fauces al intentar mordirme. Despavorida y con espasmos de agonía se aleja por otro pasadizo. Sigo adelante convencido. La luz hacia a la que me dirijo palpita y se vuelve más brillante.

Entro en un santuario enorme y circular, sin techo. Arriba las estrellas brillan en todo su esplendor, y en el centro alguien me espera junto a un pozo. Me acerco confiado, y al llegar a su altura, me saluda:

–Bienvenido. Has vencido tu miedo.

–¡Eres una mujer! –exclamo sorprendido, me encuentro frente a una linda mujer de pelo castaño, alta, de cuerpo perfecto y ojos azules–. ¿Cómo te llamas?

–¿Te sorprende? Artemisa es mi nombre. Soy tu guía interior, y guío también a los de tu signo en agradecimiento... Bueno, es una larga historia, digamos que, en su día, uno me salvó la vida.

–¿Un escorpión te salvó?

–Así es, –me sonrío– y ahora mira al cielo y busca tu signo. ¿Lo reconoces suspendido, apacible y equilibrado en el universo?

–¡Sí! –exclamo entusiasmado mientras descubro sus quince estrellas y me doy cuenta de que ella ha escogido la palabra «equilibrado».

–Las estrellas que forman las garras se conocen como Alfa y Beta Librae. Representan las pinzas del escorpión, y son importantes en tu equilibrio. Debes nutrir a ambas por igual. La estrella principal es Antares. Si te fijas, es de color rojo.

–Es verdad –digo emocionado.

–Ahora, observa en el pozo –señala– y ve tu constelación reflejada en sus aguas. A tu izquierda tienes un vaso. Recoge el agua en la que se posa tu constelación y bébela.

Obediente, inclino el vaso a la altura que se refleja la constelación Escorpio y lleno la copa de agua. Sin pensármelo, bebo. Al instante me doy cuenta de la sed que tenía. Siento cómo la pureza líquida entra en mi cuerpo; siento una llama, una luz agradable. Ya no es el fuego que no hace mucho me quemaba. Ahora es la calidez interior justa que necesito. Dichoso y feliz, todas mis células aplauden al unísono. Dejo el vaso en su lugar, y respondo con agradecimiento a mi guapa guía:

–Gracias, debería volver ya. Creo que ya he terminado.

–Te equivocas –replica Artemisa seria–. Aún te falta lo más importante del viaje de hoy.

–¿Y qué es?

–Conocerte a ti mismo, o al menos una faceta tuya que viviste y ahora no recuerdas.

–¿Y cómo debo hacer eso?

–Ahora que estás preparado, y tu luz interior se ha restaurado, debes salir y ver la verdad.

–Joder, ¿entonces aún no regreso?

–No, las cosas no son iguales cuando cambiamos; ellas cambian con nosotros. Si vas ciego, la luz no se te revela. Ahora, sal de la cueva y ve lo que siempre ha estado ahí, pero olvidaste.

Confieso que poco o nada entiendo, pero poco importa. Me despido de ella y vuelvo sobre mis pasos, algo triste pues deseo quedarme y aprender más, aunque sé que la demora es inaceptable; debo partir ya según sus indicaciones. Sin embargo, a medio camino me detengo; Artemisa sigue observándome. No puedo reprimir el deseo de hacer otra pregunta, pero para mi sorpresa, ella habla primero:

–Siempre que necesites puedes volver aquí. Siempre que desees verdad, detente y viaja a lo que tu voz interior te dice. Yo no estaré porque ya no me necesitas y porque la deuda con tu escorpión ha sido saldada. Sabes dónde está el pozo de luz y sabiduría, el silencio donde escuchar a tu maestro interior –se detiene un momento en su disertación, y me pregunta–: ¿Necesitas alguna cosa más?

Y justo cuando voy a comentarle ciertas inquietudes, sé que escuchándome tendré todas las respuestas. Ella lee mis pensamientos, sonrío complacida, y le respondo convencido:

–No. Ya tengo todo lo que necesito.



## **ARCANO X.**

### **La Rueda. El eterno caminar**

«No hay nada permanente en este mundo, ni siquiera nuestros problemas». **Charles Chaplin**

Desandando el camino de la cueva, buscando la entrada, que ahora era la salida, me parecía que había cambiado, que era diferente. Ni rastro de la serpiente, ni sangre, ni huellas que confirmaran su presencia sólo hace unos instantes ¿Acaso fue una ilusión?

Más sorpresa me llevé al salir: ya no era de noche, sino un espléndido día, un paraje idílico de tonos verdes y fértiles, sonidos melodiosos de nutrida fauna y flora, que invitaban a pasear; todo era intensa armonía. El fuego y la oscuridad habían sido base para la vida y la luz. Es curioso cómo nos cambian los acontecimientos. En un instante, en un momento sucede algo, cambia nuestra percepción, y las cosas son de otra manera.

Reflexionando en mi paseo, agradecí lo que había sufrido al llegar a ese lugar: la soledad, la desolación, la oscuridad, porque eso acentuaba el contraste y me permitía disfrutar más de lo que veía ahora. Podía ya aceptar con mayor facilidad las derrotas y los cambios como parte de mi camino, aunque supongo que da un poco igual si te pones burraco o escondes la cabeza bajo la tierra, ya que del destino poca escapatoria hay. Lo que sí es una lección y un triunfo es ir a favor del río y no en su contra, pues: ¿qué mayor regalo hay que desembocar en el infinito mar? Y es que la tendencia a racionalizar todo es tan imprudente, tanto como anular la bestia oscura que llevo dentro. ¿Por qué hacer tal cosa cuando puedo convertirme en su amigo y aliado? ¿Reírme con ella, emborracharme con ella, sacarla a pasear, y pedirle ayuda cuando sea menester? ¿Acaso no tenemos ambos derecho a vivir y gozar? ¡Qué regalo es cuando vamos de la mano!

Y así, con el subidón del que está pleno porque sí, vislumbré una mariposa blanca, muy pequeña, que se acercaba. Parecía saludarme dando vueltas sobre mi cabeza. Tenía unos graciosos puntos negros en el extremo de sus alas

anteriores. Se posó en un arbusto próximo y se quedó mimetizada en el verde. De allí surgió una ardilla; siempre me ha fascinado este animal de singular belleza y nervio. Rápida trepó a un árbol cercano, y desde ahí me observó con su magnífica cola dotada de un volumen esplendoroso de brillo hipnótico. Ágil y simpático le dediqué un saludo, y cuando iba apartar mi vista de mi nuevo amigo para continuar mi paseo, de ese mismo árbol surgió un pájaro. Me pareció un halcón. Justo en ese momento se echó a volar, y pude ver su vientre blanco, color que daba respuesta a su espalda y alas azul-negro. Tenía la impresión de que estos animales querían decirme algo porque intuía que ya estaban observándome y estudiando mis movimientos con interés desde mucho antes de que los viera yo. Por si tenía alguna duda, al volver de nuevo mi vista al frente, un lince sentado sobre un pequeño montículo rumiaba desde la distancia con interés. Tuve la certeza de que llevaba allí todo el rato. No parecía tenerme miedo. Su cola, que irguió al poco de darme cuenta de su presencia dejando ver en su extremo una mancha negra, oscilaba de un lado a otro mostrando curiosidad en mí caminar. Sin embargo, no sentí amenaza. Admiré sus largas patas, sus orejas puntiagudas con sus flamantes patillas, ¡y esa hipnótica mirada!, esos grandes ojos color miel ocre. Muy lento fui siguiendo mi camino, sin detenerme, le demostré que no deseaba perturbar su descanso, y así debió de entenderlo porque su cola se relajó; y me siguió vigilando, felino y curioso, hasta que me alejé de su vista. Lo siguiente que me encontré fue un río y un animal gris amarronado, que lentamente, buscaba las aguas. Al acercarme, descubrí que era una pequeña tortuga, poco más de 30 centímetros de largo y casi igual de ancho. Se detuvo y encorvó su cabeza para mirarme un segundo. Luego prosiguió, alcanzó el agua y se perdió en ella.

Como el día era espléndido, decidí que yo también quería darme un baño. Era un río amable de apenas corriente, y el frío del agua no me amilanó. Una vez dentro, sentí tanto gozo que pensé que sería ya un poco putada, la verdad, tener que volver de este viaje en algún momento. Medio adormilado por el gusto de las aguas sobre mi cuerpo, me sobresalté al verme acompañado por otra figura: fuera del río, una mujer elegante fijaba su mirada en mí. Llevaba ropa de otra época, de tejidos

ligeros y claros que cubrían todo su cuerpo; un enorme sombrero de ala generosa le servía de sombrilla. La mujer era bonita, y yo había captado su atención. Íntimamente, tomó una decisión sorprendente para mí: poco a poco, en un lento ritual, se quitó primero el sombrero y dejó ver una larga melena castaño claro; luego, dejó caer toda su ropa, hasta quedar desnuda. Era delgada, joven, bella, de media altura, senos pequeños y pezones sonrosados. Entró en el río y fue acercándose a mí. Curiosamente, no había nada sexual en todo aquello. El agua me cubría hasta la cintura y a ella, hasta el pecho, y cuando llegó junto a mí, me fijé en sus verdes ojos y clara mirada. Absorto como estaba y sin nada que decir, la mujer alzó su mano derecha y tocó mi corazón. Era cálida y sentí cierta familiaridad. Mi respirar y mis latidos vibraban en su palma, y entonces la luz me llevó de regreso.

–¡Ya has vuelto, querido! –afirmó Mari contenta de verme abrir los ojos.

Empapado de sudor, mareado y con retortijones, lo primero que salió de mí fue un:

–¡Aghhh! –y vomité en el suelo sin poder evitarlo–. ¡Aghhh! ¡Dios! ¡Joder, lo siento de verdad! –me disculpaba atorado, viendo cómo le había dejado el suelo.

–No te preocupes –contestó compasiva–. Esto era de esperar. Descansa un minuto mientras limpio y recojo un poco todo esto.

–¡Ay, madre! –exhortaba casi sollozando y sin fuerza para discutirle.

–¿Bebiste del pozo de la sabiduría?

–Sí.

–¿Era una mujer la que te esperaba?

–Sí.

–¿Te llevaste alguna cosa más? –me interrogó.

Y yo sincerándome le respondí:

–Sí, me llevé algo más.

–¿Y qué es?

–Una mariposa, una ardilla, un halcón, un lince y una tortuga.

–¿Y nada más? –insistió.

–Sí –sonrei–. También una mujer.

–¡Jajaja! ¿Y qué te dice todo esto? ¿Qué significa para ti?

Estaba claro que ella sabía la respuesta correcta, y sólo quería cerciorarse de que yo también la supiera. Supuse que había conocido parte del recorrido hasta llegar aquí, ya que el caminar es eterno, sin principio ni fin. Desde hoy conceptos como ganar o perder, partir o llegar, y muchos otros empezaron a tener otro significado para mí. Solo era importante seguir caminado y disfrutando.

-¿Y bien, querido? -insistía impaciente Mari, sacándome de mi reflexión.

-Son mis vidas pasadas, -indiqué- mis anteriores encarnaciones. En orden se me han aparecido todas.

-¡Chico listo! -exclamó contenta-. ¿Y ahora? ¿Ahora qué vas a hacer?

Buena pregunta. ¿Qué es lo primero que se podría hacer ante una revelación de esta índole, que cambiaría mi vida tal y como la conocía hasta ahora? ¿Debería tal vez seguir un camino espiritual? ¿Dedicarme a la poesía? ¿O mejor escribir un libro? ¿Criar ganado sería lo correcto? ¿Viajar? ¿Cantar mantras hasta iluminar mi mente? ¿Ponerme ciego a pasteles de chocolate y nata? No. Creo que nada de eso era necesario.

Encontrándome mucho mejor del mareo, me levanté y eufórico contesté:

-¿Ahora? ¡Ahora lo festejaré con un buen polvo!



## **ARCANO XI.**

### **La Fuerza. Brigit**

«No hay nada como el amor de una mujer casada.  
Es una cosa de la que ningún marido  
tiene la menor idea». **Oscar Wilde**

Después de mis últimos viajes necesitaba quedarme. Hablar con una mujer que no me analiza, que respeta mis silencios como parte de una conversación, que aprecia mis ausencias y las disfruta; una mujer, en definitiva, que con solo su presencia me hace sentir conectado, me ayuda a conocerme; una mujer que es el sueño yin que todo hombre tiene en su interior.

Necesitaba nutrirme con la espiritualidad del sexo de una mujer que acepta mi lado oscuro y lo ve como algo divino; solo por eso, me ayuda a no consumirme. Por supuesto, le hablé del viaje a la oscuridad desoladora de mi alma con la seguridad de que, si le hubiera contado cualquier otra cosa más descabellada, me habría escuchado con la misma atención. Entonces no hacía falta que me respondiera, ni juzgara mis acontecimientos; no hacía falta para nada, ni quería que compartiera mi dolor. Sólo con su atención me completaba.

Eran esos momentos de sexo y silencio los que me llenaban de dicha. Y Brigit siempre estaba ahí, con su piel blanca, desnuda, haciéndome el amor cuando me entregaba cuerpo y sentidos. En mi desordenada vida, ya sea con mujeres casadas o de otro tipo de dudosa moralidad, o incluso solteras y libres, me atormenta el juez interior que condena mis actos, machaca mi mente y me señala con el dedo. Es Eros contra Logos, pero solo con ella no siento culpa al saltarme las normas. Supongo que es porque ella tampoco siente que haga nada malo; solo hay amor, y contra eso, ninguna ley social o dogma establecido por el humano puede. Es un regalo en la vida.

Y mientras la poseía con el arrebató y la fuerza de alguien que había visto el horror de cerca, que acepta que mañana puede volver a caer, y quién sabe si volverá, golpeaba mi dragoncito lleno de vida dentro de ella. Su vagina temblaba, se

estremecía de gozo, una y otra vez en una femenina borrachera multiorgásmica que no cesaba.

-¡Amor! ¡No puedo parar! ¡Oh! ¡Ohhh...!

Gemía, y sus espasmos caóticos de placer me hacían sentir un dios presente, un león salvaje que ruga enérgico y proclama su trono ante la manada. Las contracciones de sus orgasmos aplaudían y aprisionaban intensamente mi dragón, que ya estaba a punto de lanzar su fuego.

-¡Joder, quiero marcarte! -supliqué-. ¡Lo necesito!

-¡Por delante no, amor! -ordenó-. ¡Puedo quedar embarazada, y Luis se ha hecho la vasectomía!

-¡Te sodomizaré entonces! -aullé mientras sacaba mi falo de ella, y la volteaba con fuerza.

-¡Sí, quiero que termines dentro de mí! ¡Jamás dejé a nadie ahí más que a ti! ¡Es mi regalo para ti, amor! -exclamó Brigit complaciéndome-. ¡Por favor, tómame ya! -confesó.

-¡Ahhh! -grité de gozo al penetrarla. Ella me abría las puertas de su oscuro palacio, y yo, con ojos desorbitados, me veía en el espejo de la cama, excitado, desatado, gustoso de mostrarme sin máscaras; el momento en el que me reúno en la locura feliz de mi instinto animal.

-¡Ahhh! ¡Mi amor! ¡Te amo!

-¡Eres mía! ¡Te marcooo! ¡Jodeeerrr! ¡Aquí solo estoy yo! -bramé, henchido de orgullo ante tal celestial regalo que colmaba mi bruto deseo; eyaculaba en su templo trasero, con violentas convulsiones de intenso placer, con todo mi ser, para al final yacer sobre ella dejando mi dragoncito aún caliente en el campo de batalla.

Y después del fuego, sobreviene el momento yin protector, mucho más sutil, pero igual de satisfactorio, donde contemplo sus blancas curvas en el lecho conyugal, sus pezones sonrosados, su fuerza, su comprensión, su sublime presencia, generosidad, delicadeza no falta de coraje... y acabo rompiendo el silencio con una gilipollez, como hago siempre:

-No entiendo por qué no hemos acabado juntos, emparejados...

-¡Ay, amor! Siempre pensando en lo que te falta en lugar de disfrutar lo que tienes. Eres tan egocéntrico, narcisista, y terriblemente egoísta.

-Vaya, gracias -concedí, con la paz que siento cuando alguien me dice la verdad sin ánimo de ofenderme.

–¡Ay, mi Narcisito! –exclamaba jocosa y divertida–. Y no estamos juntos porque tú eres como eres, solo te casas contigo mismo. Deja de decir que no te entiendes. Acéptate y ámate tal como eres y punto –y tras una breve pausa añadió– yo lo hago, por eso voy a pedir la separación.

–Somos tan diferentes que me sorprende que sigamos años y años así, sin ninguna duda en parar esto... ¡Un momento! ¿Has dicho que vas a dejar a Luis?

–Sí, quiero mucho a Luis, pero ya no lo amo –sentenció, mientras su gato anaranjado se acercaba a ella pidiendo atenciones–. No me arrepiento de la decisión que tomé al casarme porque fui feliz con él mucho tiempo, y siempre he disfrutado la vida en pareja, ya lo sabes, pero debo ser fiel a lo que siento y reconocer lo que es ahora para mí.

–Siempre me he sentido atendido por ti más allá de lo físico –confesé.

–Lo sé, amor mío –dijo dulce– pero a pesar de que te lo repito, eres incapaz aún de ver lo bueno que hay en ti. Eres generoso; tienes luz. Solo una persona con un ego tan extremo puede ser a la vez tan desaparegado. Ni siquiera te das cuenta de lo que me das. He nacido para disfrutar la vida en pareja, y también para amar, y yo te amo, ¡qué le voy a hacer!

–Tengo muchas dudas de que esté en el camino correcto...

–¿Y quién lo está? –se preguntó–. Piensas demasiado ahora mismo, y de nada te sirve. Tú tienes tus inquietudes y aspiraciones. Nada ni nadie te ha impedido seguirlos. Es más, yo te animo a ello, por eso te amo, nos parecemos más de lo que crees. Sé que fue duro para ti, y durante un tiempo para mí también lo fue, ver que elegías tu camino antes que a mí, pero gracias a eso ahora los dos somos otras personas. Por esa decisión tan dura y valiente te amo más ahora... y sigues en mi cama ¡Lo cual es muy importante! –finalizó, con una risa contagiosa y liberadora para ambos.

Me levanté y me vestí mientras ella acariciaba su gato, apurando el tiempo que nos daba las «horas extras» en el trabajo de su marido.

Nunca le confesé que su esposo, y amigo mío, la corneaba a diestro y siniestro, y me utilizaba a mí como confesor. Tal vez no lo dije porque en el fondo no era importante, o como una muestra de amor por mi parte para no infringirle un daño gratuito, o por un acto egoísta y oculto mío; ciertamente, no lo

sabía con seguridad. Lo que tenía claro es que Brigit siempre contenía mi fuego, lo mantenía suave y apacible, como una chimenea en el hogar, con las brasas suficientes para dar calor.

A punto de marcharme, mientras ella se erguía camino a la ducha, le dije emocionado:

-Sabes, siempre has conseguido apagar mi ira cuando me quemaba. Me he sentido muy protegido a tu lado...

-Y lo seguiré haciendo, amor mío -respondió con la suavidad del que sabe que tiene la fuerza de curar, del que te conoce porque te mira desde el corazón y lo sabes.

-¿De verdad? ¿Seguirás conmigo pase lo que pase? -pregunté implorando, con los ojos ya humedecidos.

Ella me miró y con la seguridad de una mujer que se ha vencido a sí misma, replicó:

-No te quepa duda.



## **ARCANO XII.**

### **El Colgado. Soñador**

«Se puede matar al soñador, pero no al sueño».  
Ralph Abernathy

Siempre me he preguntado por qué nunca nadie viene aquí, con lo bonito y fascinante que es.

En mi infancia solía pasar con la bicicleta. Entonces las bicis no eran como las de ahora claro; eran auténticos muertos, pesados, sin amortiguación, sin cambios, a piñón fijo, pero eran símbolos de libertad. Tener una bici era como tener un caballo en el lejano Oeste.

Veraneaba en León, en un pueblecito que se llama Huerga del Río. Era un lugar idílico. Durante el día quedábamos para ir pedaleando por pueblos de carretera cementada, bajo un sol de justicia, sorteando las heces de las vacas, con paisajes llenos de girasoles y plantaciones de cebada. No había comercios, y a las seis de la mañana te despertaba a gritos primero el colchonero, oficio que solo escuché en esos lares, persona que jamás llegué a ver en mi pereza matutina y siempre me pregunté quién demonios sería y quién querría colchones a esa hora. Más tarde, te despertaban los rebaños de vacas que pasaban por mitad del pueblo e iban a pastar a los prados, cagándose a la puerta de casa, para perfumar el día desde primera hora. Y para rematar, ya cuando me echaban de la cama a la fuerza, pasaba una furgoneta: el panadero haciendo su ruta. Ahí sí, yo, goloso de mí, acompañaba a mi abuela a ver si además de pan cogía algún dulce; solían ser tortas típicas castellanas, rosquillas, y poco más, y no siempre tenía. Cuando no llevaba, me enfurecía y pensaba: «¡Qué vago! ¡Hoy no ha querido hacer!», aunque ahora supongo que era más lógico pensar que, simplemente, se le habían agotado porque mi pueblo era el último en la ruta a repartir. Después iba a mi lugar favorito: la fuente del pueblo, donde el agua siempre era fresca a pesar de los bochornos que sufríamos a diario. Al lado estaba el río que ladeaba el pueblo, a cuyo nombre le hacía honor, y cruzando el río, empezaba la magia: el bosque frondoso lleno de pistas de piedras, casi imposibles

para las bicis, que llegaban a un pantano. Tras el pantano, otros pueblos, otros lugares, donde todo se repetía y volvía a comenzar, y aun así cada lugar era una sorpresa.

Mi lugar de recogimiento estaba en el medio del bosque: un templo que me gustaba admirar. No era un templo al uso, ya que carecía de carga religiosa, nada de adornos de santos ni otros por el estilo. Tampoco era una ermita, ni un castillo pequeño, ni fortaleza. La verdad, no sé qué nombre atribuirle; lo más cercano es «templo» sin llegar a serlo. Recuerdo que nunca entré. No era muy grande ni muy pequeño. No era especialmente bonito ni de arquitectura llamativa. Era más bien sencillo, con unos pequeños escalones que llegaban a la puerta principal, grande y con columnas alargadas y sobrias. Tan solo me quedaba allí, contemplando; era lo único que ambicionaba. Nunca pensé en cruzar su puerta; ni siquiera tuve esa inquietud. Quedarme solo a observar era suficiente; y cuando lo hacía, me preguntaba por qué nadie venía aquí. Se debía quizás a que era un lugar perdido, onírico, en medio del bosque, en medio de la nada. En esa nada estaba para mí el regalo de la calma. Años, muchos años después, volvía a encontrarme allí: frente al templo, con las mismas sensaciones que antaño, gozando en la quietud.

Desperté a media tarde. Debía de tener un agotamiento tan extremo que dormí y dormí hasta que mi cuerpo satisfecho decidió por sí mismo amanecer. Mi mente también había decidido descansar.

Suelo tener el sueño del templo, y siempre que sucede, me quedo un rato angustiado sobre la cama, reflexionando si ese lugar existe en realidad. Mi mente racional dice que no; sin embargo, mi ser está seguro de lo contrario: yo he estado allí. Me esfuerzo en recordar el camino por el que llegaba hasta él de pequeño para demostrar a mi razón que está equivocada. Cuando ya estoy agotado e impotente por mi esfuerzo inútil, y en la guerra entre mi razón y mi inconsciente no llego a ningún acuerdo, solo al hastío agotador de no vislumbrar la solución, decido levantarme y dar un paseo, que me dé el aire antes de que termine el día.

Esta vez, observé que mis gatos me habían acompañado en mi descanso sin molestarme. Suelen despertarme a las seis de la mañana, ya celosos de mimos (digamos que son los «colchoneros» de mi vida adulta) pero hoy, que mi cansancio

necesitaba un sueño extra intenso, los felinos lo habían percibido y respetado, y cuando desperté, se los agradecí solemnemente. Ellos me miraban como si hubieran descansado tan profundo como yo, y doy fe al contemplarlos apacibles que así fue. Esa tarde de domingo, tras cepillarlos, cambiarles el agua y la arena, y darles su comida con algún paté de premio por sentirlos tan cercanos cuando los necesitaba, me vestí y salí a despejarme.

Durante el paseo, retomé mi reflexión sobre el templo. Tal vez el sueño busca lo que mi inconsciente quiere: ¡Paz! ¿Debería ir al templo más a menudo y no solo cuando mi estado físico o emocional es tan extremo que una fuerza interna me lleva allí a reponerme? ¿O debería aceptar que iré allí cuando tenga que ir, que mi inconsciente sabe cuándo lo necesito y tiene las herramientas para llevarme? Quizás tendría que confiar y fluir, porque es algo incontrollable: estoy destinado a ir allí cuando deba ir. ¡Ojalá fuera más a menudo! Es muy gratificante lo que me traigo de allá, nada material pero sí unas sensaciones de vacío que son plenitud. Allí no necesito ser escuchado, ni llamar la atención; no siento ese temor humano y narcisista de pasar inadvertido, desaparece mi miedo a que me ignoren o me rechacen. Allí soy y existo en la relación conmigo y con nadie más. En la soledad de ese lugar absorbo ese templo, me reflejo en ese desconocido que soy y lo miro sin miedo; no me hace falta ver ni escuchar nada más. Allí no hay expectativas sobre mí, ni mías propias ni de las personas que me rodean.

Creo que tener expectativas sobre los demás es un acto egoísta; a mí me incomoda y huyo de los que tienen alguna en mí. Ya desde niño lo había sufrido. En mi caso era que se suponía iba a ser un gran artista porque se me daba más o menos bien manchar lienzos, y por supuesto, yo también comencé a crearme expectativas sobre los demás porque es lo que aprendí, pero todo este funcionamiento es una trampa cruel porque nadie ha podido nunca satisfacerme por completo en realidad. Y yo no puedo haber defraudado a nadie por no ser el nuevo Matisse o Van Gogh. En todo caso, si alguien dijera que lo he defraudado, tal vez sea porque no me quería tanto. Huyo cada vez más de las esperanzas ajenas sobre mí, aunque tal vez mi primera lección sea dejar de esperar algo del prójimo. Por ejemplo, en mis relaciones con las mujeres que

esperan que actúe y sea de tal o cual manera con ellas porque «me aman», o con los amigos que hacen algo esperando que yo «sí sea un colega de verdad» y haga algo a cambio sin pedirlo directamente. Para mí, todo eso no es más que egoísmo y del peor. Es todo un poco loco, y a veces yo también me veo reflejado en ese egoísmo porque a ego y manipulación sí que soy un campeón, lo que pasa es que tener consciencia de ello hace que me sienta culpable e intento evitarlo, y en esa lucha estoy; quizás, alguna vez logre vencer.

Supongo que a falta de relaciones puras, desinteresadas, incondicionales y libres, fabulo que mis relaciones son reales y felices... y es que mis sueños, esos sí que son míos y a nadie le afectan. Los puedo sentir y soy el único responsable de ellos, y es que los sueños propios deben ser el arte del juego íntimo.

Ya de noche y satisfecho de mi paseo, decidí volver a casa. Había analizado suficiente, y dudo que fuera saludable hacerlo más. Puede sonar gracioso, pero lo digo en serio: demasiado análisis debe ser contraproducente para la mente, o al menos para mí.

Crucé la calle llegando a mi portal. El barrio ya estaba desierto, y me di cuenta de que el tiempo había volado; era medianoche. Con las luces de los vecinos apagadas, me dispuse a abrir el portal de mi edificio cuando alguien me golpeó en la cabeza. Caí al suelo de rodillas. Giré para reconocer a mi agresor. Apenas podía ver ya que la sangre brotaba a borbotones, y distinguí a un hombre con algo en la mano, tal vez un bate, un bastón o una vara de hierro, quién sabe. Intenté levantarme y defenderme, pero estaba aturdido, y mi atacante aprovechó para darme el golpe de gracia, tan violento y feroz que quedé abatido. De propina, recibí otro infeliz golpe contra el suelo y sentí que buscaba mi cartera en los bolsillos. Tras una cortina de sangre vi huir a mi enemigo.

Súbitamente, la oscuridad estalló en mí, pero tuve un segundo para preguntarme: ¿Es este el final? ¿Será mejor partir así? ¿Sin aviso del instante en que comienzo el viaje a los negros brazos de la muerte?



## **ARCANO XIII. La Muerte. Kali**

«La muerte es algo que no debemos temer porque, mientras somos, la muerte no es y cuando la muerte es, nosotros no somos» **Antonio Machado**

Devastación y destrucción. No veía nubes en el cielo y la tierra era un desierto cubierto de cabezas. Lo único que veía con vida eran árboles de grueso tronco que buscaban agua en lo más recóndito. Parecía ser el infierno.

Supongo que era mi destino por haber llevado una vida de excesos. Kármikamente me correspondía una vida de penurias, empezando por el paisaje: en el cielo, ni nubes ni sol, aunque sí luz suficiente para ver rocas, arena, cabezas cortadas y los árboles, que me producían cierta intranquilidad. ¿Qué semillas eran las causantes de esta flora única? Había de diferentes tamaños, pero todos pertenecían a la misma especie. Al observarlos, tampoco parecía que ofrecieran fruto alguno; claro que con lo glotón que he sido no me iban a poner nada para entretenerme y menear el gaznate en el castigo eterno.

–¡Aún no estás en el infierno! –exclamó con sorna una voz de mujer–. ¡Pero tengo información fidedigna de que pronto lo conocerás!

Delante de mí se presentaba una hermosa mujer casi desnuda, pelo negro y lacio que le llegaba hasta los pies, morena, profundos ojos negros y curvas y formas esculturales. Llevaba un cinturón de oro del que colgaban cabezas humanas a los lados, y en el centro, cubriendo desde su sexo hasta su ombligo, tenía una gran perla roja, que aparentaba ocultar un gran poder. En el lado izquierdo, lucía una inquietante espada en forma de luna creciente, presta para ser usada.

–¿Estoy muerto?

–Se puede decir casi que sí. En cuanto te corte la cabeza perderás toda conexión con tu cuerpo y lo que conoces. Descansarás hasta que la fuente de la vida te vuelva a llamar –me anunció mientras desenvainaba su espada.

–¡No! –supliqué–. ¡Aún no he terminado mi misión en esta encarnación!

–Creo que no tienes opciones. Debes partir para una nueva revitalización y renovación en otro plano. ¡Te aguarda otra existencia! –bramó, con la ya amenazante espada erguida, preparándose para separar mi cabeza de mi cuerpo. Ninguna fuerza tenía ya para luchar, y dejé que el destino hiciera de mí lo que deseara.

–¡Espera! –gritó otra voz, familiar para mí.

–¡Lilith! –vociferé con alegría inusitada.

–¡Un momento Kali! –dijo firme mi oscuro ángel guardián.

–¡Este no es tu plano Lilith! –replicó Kali feroz, celosa de su espacio–. ¡Yo no me entrometo en tus asuntos!

–Está en el camino de la transformación... ¡No necesita tu espada!

–¡Va muy lento! –rugió Kali, aún con la espada amenazante sobre mi cabeza–. ¡Es un inepto!

–¡Disculpa su inconstancia! Además, ¿qué esperabas? ¡Es un hombre! –sentenció, y al momento me di cuenta de que era una broma cómplice entre ellas; a Kali le hizo gracia y empezó a reírse, y recuperé cierta esperanza de salir de allí de una pieza.

–¡Jajajajajaja! De acuerdo, pero tendrá que pasar una prueba –sentenció aún insatisfecha de dejarme libre sin más.

–¿Prueba? –me atreví a preguntar por si me estaba metiendo en algo todavía peor–. ¿Qué prueba?

–Además, Hécate le espera, y a ella no le gustaría que lo decapitaras. Aunque antes necesitará de su sanadora... Fíjate en qué estado crítico ha llegado hasta aquí...

–¿Hécate? ¿Quién es Hécate? –bramé cada vez más perdido–. Joder, ¿pero de qué habláis? ¿Y a qué sanadora os referís?

–¡Me da igual Hécate! –rugió Kali–. Si no me satisface su respuesta, tendrá un destino junto a las demás cabezas.

–¿Respuesta?! ¿Entonces la prueba es una pregunta?

–Debes contestar con total honestidad y sin miedo a las consecuencias. ¿Podrás? Lilith, que parece tener debilidad por ti, te hará la pregunta. Será un placer ver cómo fracasas... ¡y te cortaré la cabeza de cuajo!

–¡No lo hará! ¡Yo misma le haré la pregunta! –Lilith aceptó el reto.

–¡Adelante! ¡Házsela! ¡Lo que me voy a reír!

–Ritxard –me dijo suave y cariñosa Lilith, captando mi atención– dime, ¿qué pensaste al ver a Kali?

Perdido ante tal pregunta, me tomé un momento para reflexionar. En seguida me di cuenta de que no era fácil la respuesta. Pensé en la gente que me había querido, y que yo había tratado con indiferencia y egoísmo al no estar en el momento y lugar en que se me requería, o no tener el verbo indicado en mi boca cuando era preciso. Recordé mi falta de continuidad, que me habían reprochado desde pequeño; el «no tienes ilusión por nada», y era cierto, nada me daba ilusión. Durante muchos años tuve ilusión por tener alguna ilusión, y claro, eso es un error grave, y si algo me interesaba, tenía pronta fecha de caducidad. La respuesta correcta sería que nada más verla quedé asombrado y me sentí pequeño, porque es una gran mujer que me atemoriza y debo respetar.

–¿Y bien?! –rugió Kali

–Adelante –dijo amable Lilith–. Díselo.

–Pues lo primero que se me vino a la cabeza fue... que es una mujer muy... –y justo cuando iba a decir toda esa sarta de falacias, mentiras y estupideces, dejé de disertar y solté–: ¡que estaba muy buena y vaya polvo tenía! ¡Joder! ¡Es que está cañón!

–¡Jajaja! –rio con ganas Lilith.

Kali quedó muda, con los ojos como platos por un instante, hizo una mueca como una sonrisa contenida, y ya más relajada:

–Has contestado bien – me felicitó–. Sin miedo, tu instinto ha hablado. ¡Como a mí me gusta! ¡Eso es algo! Has respondido con la valentía de un loco y la inocencia de un niño, que son los únicos que no temen la muerte; solo por eso te dejaré continuar.

–Anda, Kali, –dijo feliz Lilith cogiéndola del brazo– dejémosle y vamos a dar un paseo por tu reino. Lo veo tan acogedor, y tienes tan buen gusto en la decoración.

–Espera –indicó a su amiga– antes debo eliminar su mente.

–¿Mi quééé?! –exclamé, y con un rápido movimiento Kali penetró con su mano derecha en mi cabeza y arrancó de cuajo una materia gris de forma indefinida.

–¡Ahhh! –grité con intenso dolor–. ¡Qué insoportableee!

–Tu mente se queda aquí. Solo te causa infelicidad –ordenó Kali con la masa caliente, casi palpitante, en la mano. La arrojó

al suelo, y la tragó la tierra sedienta como si agua fuera-. De ahí saldrá otro árbol. Tu ego transmutará en algo hermoso y fuerte, y cuando esté preparado, dará sus frutos. Te vas mucho mejor de lo que viniste.

-¡Ahhh! –gritaba yo; el dolor no cesaba.

-No te apures –concedió Kali– pronto pasará. Tu mente vacía será un regalo para ti. Resucitarás como una nueva persona, con el espacio para que entre la luz.

Y las dos fueron alejándose de mí, cogidas de la mano, haciéndose carantoñas, como si yo no existiera. El dolor iba remitiendo poco a poco.

Tal vez, con este acto mis guerras interiores habían sido sanadas por la vía rápida, un tratamiento de choque era mi premio por cortejar a una diosa, y es que aprendí que cuando presiento la muerte, más ganas me dan de follar oye, y una mujer es una mujer, sea diosa o no. Y allí se iban las dos, jocosas, alegres, confidentes, felices juntas como en un baile, cuando observé que Kali susurraba algo al oído de Lilith, quien carcajeó con ganas, y justo antes de perderse de vista en el horizonte, la potente voz de Kali resonó:

-¿Sabes una cosa? ¡Tú también eres muy guapooo!



## **ARCANO XIV.**

### **La Templanza. Tara**

«Quiero hacer una música tan perfecta que se filtre a través del cuerpo y sea capaz de curar cualquier enfermedad» **Jimi Hendrix**

DÍA 1:

Un perfume puro de altas montañas me despierta suavemente. Una mujer intenta levantarme. Me dice que es mi vecina, que quiere ayudarme a llegar a casa, y me dejo llevar.

Mi alma se siente confiada y guardada ante esa mujer que apenas distingo. Siento mucho dolor. Mis ojos apenas ven, y en el espejo del ascensor, creo reflejarme con la cara cubierta de sangre. La mujer en la que me apoyo me pregunta por mi juego de llaves. Se las doy y abre mi puerta.

Micifú y Kuka están prestos para recibirme, y ella es cariñosa con ellos. Me tumba en la cama. Con un paño limpia mis heridas en la cabeza, mientras me asegura que es más aparatoso que grave, pero que la contusión interna es importante y debe ser tratada. Ella se ocupará de todo. Me desviste y no rechisto. Me cubre con sábanas limpias, y dice que me preparará unas infusiones calientes y cuidará de que los gatos estén atendidos.

Tras un rato, aparece con mi termo, donde preparo mi mate argentino, y una taza. Me pide que tome todo sin dejar nada, porque dentro del termo ha puesto las hierbas indicadas para ayudarme en mi sanación. Mientras tanto vuelve a limpiar la herida con una gasa, y confirma que no son necesarios puntos. Sin embargo, mi cabeza estalla de dolor, y me explica que para la curación completa necesitaré tres días. Escucho y bebo poco a poco la infusión caliente y amarga. No distingo bien qué hierbas ha puesto, y eso que soy muy aficionado a las infusiones, pero tiene un sutil sabor a bosque, a verde, a naturaleza pura. Tras tomármelo todo, ella comienza a darme un masaje en los pies. Es un masaje intenso y molesto al principio que se torna agradable y gozoso poco a poco.

Voy recuperando la vista, y puedo observar que es una mujer muy hermosa, de ojos verdes y mirada serena, delgada

pero con formas voluptuosas. Lleva un vestido largo que cubre todo su cuerpo de manera decorosa pero sin pretenderlo. Es un vestido de tonos vivos, una explosión de color, una luz de sensaciones.

Mientras me sigue masajeando, me calma con su mirada y me sonríe. Siento su sanación más allá de lo físico. Le pregunto cómo se llama, y no responde. Para mi sorpresa, deja los pies y sube con sus manos por mis piernas hasta mi pene, que a pesar de las circunstancias se pone erecto y firme ante ella. Ladea su pelo moreno y ondulado, y empieza a besar mi falo, que siento llenarse de luz, ante el calor y la humedad de su boca y la presión de sus manos masajeando mi perineo. Cuando estoy a punto de eyacular, se detiene y me susurra que no, que guarde mi esencia vital emergente para mi curación y que mañana volverá.

Me acurruca en la cama, y advierto por la oscuridad en mi ventana que el día ha terminado. Mis gatos reclaman su sitio en el colchón: mi negro Micifú en la entrepierna, y la blanca tricolor y bella Kuka al lado de mi corazón.

La mujer se despide prometiendo volver mañana. No estoy en condiciones de pensar, pero antes de irse se acerca a mi oído y me susurra: «Mi nombre es Tara».

DÍA 2:

No la oigo entrar, y supongo que se quedó con mis llaves. No sé por qué tengo confianza en mi nueva amiga y vecina. A veces hay cosas que se sienten y ya está; es así, y es mejor rendirse.

Como en un ritual, vuelve a encargarse del mantenimiento e higiene de mis felinos; les da de comer e incluso juega con ellos. Limpia de nuevo mi herida, y esta vez, me trae unos zumos refrescantes para beber. Me dice que esto es todo lo que debo ingerir por hoy. Pruebo, sabe a frutos rojos del bosque, muy dulces y sabrosos en contrapartida del amargo de ayer, y doy buena cuenta de ellos hasta quedar saciado. Ella entonces retoma el masaje de mis pies, y la observo: tiene un mirar tan compasivo y misericordioso, casi maternal. Me acaricia con dedicación y siento un cosquilleo por todos los órganos de mi cuerpo; alivia mi mal y nutre una vitalidad que renace en mí desde dentro. Ella sonríe a mi alma, y mi alma baila al compás de sus dedos sanadores. Como ayer, vuelve a besar mi sexo, lo

lame más intensamente esta vez, y cuando estoy a punto de explotar, me detiene para que mi esencia se quede en mí y me sane. Antes de irse, me besa la mejilla y me susurra: «que tu semen no derramado sea la alquimia interna que te transforme».

Los «nenes» vuelven a situarse en la cama, como elementos sanadores dentro de una orquesta bien dirigida: Kuka en mi corazón y Micifú en mi fuego. Entonces duermo y sueño con aguas de mar que fluyen y rompen en las rocas y orillas de todo el mundo, y esas imágenes apagan los ruidos de mi mente y me conducen al plácido mundo de Morfeo.

DÍA 3:

Tara entra con un largo vestido de tonos verdes forestales.

Los gatos levantan su cola, alegres por su presencia; los trata con sumo mimo, y ellos ronronean y buscan sus manos invocando sus caricias.

Hoy me trae un licor que ha preparado en la cocina; esta vez no es caliente ni frío, sino templado y de tono verdoso. Lo bebo, y no sabe a nada en concreto, aunque sutilmente, me parece que sabe como su perfume: a naturaleza, el olor en sabor de un bosque después de una tormenta. Me indica que eso será todo lo que tomaré en el día, y que mi sanación está casi completa. Le pregunto qué diferencia hay entre la sanación física y la espiritual, y ella me responde: «Es igual, sólo que la sanación espiritual es real exclusivamente en tu interior» Entonces viene mi parte favorita: el masaje. De todas, esta vez es la más intensa; ya no es solo un bienestar sino el despertar de todos mis órganos. Un gozo sutil indescriptible atraviesa mi cuerpo cuando ella acaricia mi sexo, que más vital que nunca luce su erección. Como en los días anteriores, besa mi falo, y hoy, desnuda su torso. Contemplo sus senos voluptuosos, tentadores. Monta sobre mí y la penetro. Su vagina suave pide un baile a mi dragón, que no huye del cuerpo a cuerpo. Tara se deja llevar por movimientos cada vez más fuertes y expresa su poder femenino sobre mí, feroz, salvaje pero sin violencia, como los animales que pueden parecer agresivos a ojos humanos pero nunca se hacen daño porque son instinto puro y libre. Cuando mi dragón quiere soltar su fuego, ella se detiene y manteniéndome todavía dentro de su cuerpo, me susurra: «El despertar espiritual de tu consciencia ha comenzado».

Y por tercer día consecutivo los gatos vuelven a su sitio, a los dos polos de mi cuerpo, se reconfortan en ellos y se disponen a dormir.

Ella se viste, y me anuncia que mañana estaré sano, pero me advierte: «Aún tienes obstáculos que vencer. Te esperan las pruebas que disolverán en ti lo que carece de existencia. Vienes de enfrentarte a la vacuidad de tu propia muerte, has sanado tu corazón y tu cuerpo hoy, pero aún te falta el último despliegue a la luz y la verdad», y como no entiendo ni papa de lo que me dice, musito un «gracias». Entonces agrega: «Pronto entenderás que lo sutil es difícil de explicar con palabras», y deja mis llaves en la mesilla.

Los nenes ya dormitan felices en su lugar, y vuelvo a agradecerle de corazón estos tres días de sanación y generosidad. Me sonríe seductora y compasiva. Se despide con un «hasta luego», y tras una pausa, justo antes de salir por la puerta, añade: «Volveremos a vernos muy pronto».

«Pronto...» «pronto...» «muy pronto...» me repetía como un mantra, y así me dormí feliz y acompañado.



## ARCANO XV. El Diablo. Infierno

«El paraíso está más cerca que las tiras de tu sandalia; y el fuego, también». **Mahoma**

-¡Ahhhhhh...! ¡Más suave! ¡Bestiaaa!

-Te gusta, ¿eh? ¡Zorra! ¡Jajaja! -gritaba yo desenfrenado mientras penetraba a la señorita Eunomía de nuevo. Era el único momento en que el rol se invertía, y bien que lo gozaba-. ¡La jefa de mano dura gusta de hombres de polla dura!

-¡He dicho que más suave! ¿Es que no sabes hacerlo mejor?

-¡¿Mejor?! ¡Joder! ¡¿Quieres mejor?! ¡Ahora verás! -exclamé mientras me chupé el dedo índice con ahínco, y raudo lo introduje en su retaguardia, preparado para atacar su flanco trasero.

-Pero, ¿qué haces, muchacho? ¡Suaveee! -vociferaba la muy guarra, pero mientras más aullaba ella, más placer sentía yo. Saqué raudo mi dragón de su vagina y lo introduje poderoso en su duro culito respingón.

-¡Madre mía! ¡Está muy grande!

-Te gusta, ¿eh? ¡Qué zorra eres! ¡Joderrr!

-¡Fóllame y calla! ¡Haz bien tu trabajo!

-¡Tú no me mandas ahora! ¡Ahora mando yo! -bramé, la agarré de la cabeza y la giré sobre sí misma; su cara quedó a la altura de mi triunfante dragón en llamas-. ¡Y ahora quiero correrme en tu cara! ¡Dios! ¡Tomaaa!

-¡Pero si me has manchado toda! -se enfadó ella recuperando la compostura.

-Anda, joder, no seas bobalicona, que ya te vas a casa bien servida de yogurcito -respondí. Ella se levantó, se subió los ajustados jeans, y me amenazó:

-¡Estás jugando en el límite, muchacho! ¡Cuidado conmigo!

-¡¿Qué dices?! ¡Jajaja! Sabes que estás enganchada a mí. Cuando quiera sexo, ya te buscaré para desahogarme. ¡Ahora me largo! Que estas horas extras no me las paga nadie.

-¡¿Serás malnacido?!

-Y no te olvides de recoger un poco mi mesa antes de cerrar -señalé con la calma del que se cree el jefe de la manada.

–¡Serás insolente! ¿Has olvidado quién es la jefa aquí? –me increpó muy digna ella, intentando recuperar su posición de autoridad sobre mí. La miré a la cara y respondí:

–Le sugiero lavarse un poco antes de irse, señorita Eunomía. –Y sin más, salí por la puerta.

No tardé mucho en llegar a casa, de ahí agarrar la bici y romperme las piernas por duras carreteras. Sin descanso. Subía montañas, puertos, y rutas cada vez más exigentes. Me sentía con una vitalidad demoníaca y poderosa. Pensaba en lo que me había dicho Tara, que mi corazón era sanado y mi consciencia se elevaba... Entonces, ¿por qué actuaba así? ¿Qué pasiones y deseos incontrolables me dominaban? Y es que era un animal salvaje sin correa ni control. ¿Tal vez tras los tres días de sanación me vendrían otros días donde lo que siempre he tenido dentro irremediablemente debía salir para sanar de forma completa? ¿Aun con el precio que los excesos desmedidos podrían acarreararme? ¿Era necesario soltar y así recibir lo nuevo? Por estos breves momentos de pensamientos y lucidez que a veces, y gracias a Dios, me invadían, podía evitar volverme demasiado loco.

Llegada la noche, estuve de humor para mandar un SMS a Ginebra.

«Nena, sube que mi dragoncito está caliente. Me da igual que esté tu marido. Invéntate cualquier excusa; di que bajas la basura o yo que sé... Venga, ¡date prisa! ¡Mi dragón arde!»

Al poco, ella tocaba mi puerta con cara de circunstancias, a pedir explicaciones por su orgullo femenino herido.

–¿Crees que porque me follas y engaño a mi marido puedes tratarme como a una ramera?

–¡Calla y entra, joder! –contesté con la chaladura del que nada ni nadie me importa.

–¡Ay, estás de atar! ¡Debo bajar enseguida! He venido a llamarte la atención, no me gusta que me hables así, y...

–¡Que cierres la boca! –me impuse –. Solo quiero un servicio rapidito, y lo quiero ya. ¡Así que déjate de monsergas y date vida!

–¡Eres un cabrón! –exclamó y, sin embargo, no titubeó en dar buena cuenta de mi dragoncito, que deseaba echar otra llamarada antes de ponerse el día. No tardé mucho en fogear

su paladar, ya que tampoco tenía muchas ganas de que se quedara más...

–¡Ahhh! ¡Zorrraaa...!

–¡Mmm! –gimió Ginebra con esperanzas de que le devolviera el favor.

–Anda, ya puedes volver con tu marido –dije satisfecho.

–¿Qué? ¡¿Ya está?! ¿Me tomas el pelo? –se quejó Ginebra, para añadir, finalmente, cuando entendió que ya no deseaba más su compañía–: ¡¿Te crees muy macho verdad?! ¡Tarde o temprano tendrás que pagar por lo que haces!

–¡Jajaja! –me mofé–. ¡Vete, anda, que el show ha terminado por hoy!

–¡Cabrón! –vociferó de nuevo y al marchar me pareció ver una lágrima de impotencia en su rostro.

Por las noches, daba rienda suelta a la música a tope, ignorando las quejas de los vecinos. Me ponía hasta el culo de todo lo que caía en mis manos: *farlopa*, hongos alucinógenos, cannabis, *speed*, éxtasis y todo tipo de cócteles farmacéuticos. Pasaba la noche sin dormir, viendo películas violentas o pornografía dura. Hablaba y me reía solo, en una vida oscura y aislada. Tantos excesos eran una forma total de autoconocimiento, aunque pagaría un alto precio en el futuro. Me miraba al espejo y no me reconocía, hasta advertir que me veía a mí mismo con mis miedos y reía, o más bien me lo pasaba bomba con ellos. De repente, temblé, y la persona que estaba al otro lado empezó a darme terror; creo que empecé a alucinar.

–¡Por fin te atreves a hacer lo que siempre deseaste! ¡Los que te mandan y alguna vez te han humillado caen bajo tus pisadas! ¿Cómo se siente uno haciendo lo que le place sin juzgarse?

–¡Un momento! –grité asustado–. ¿Quién eres? ¡Yo no he dicho eso!

–¡Yo soy tú! Me has tenido mucho tiempo enjaulado. ¡He venido a romper tus cadenas! ¡Ahora yo estoy al mando! ¡Alégrate! ¡Por fin estás liberado!

–¡Esto no puede ser libertad! ¡Joder, estoy delirando! ¿Qué masturbación mental es ésta?

–¡Jajaja! ¡Ya es tarde, amigo mío! Tú me has llamado, aunque no quieras reconocerlo. ¡Soy tu salvador!

–¡No, no es verdad! ¡Todo esto no está ocurriendo!

–¡Jajaja! –reía mi imagen demoníaca, y yo, encogido, no pude soportarlo más y golpeé el cristal con el puño haciendo añicos esa imagen.

–¡Nooo! –aullé impotente; el espejo partido, la imagen desaparecida, y allí nada quedó más que mi mano derecha sangrante. Sentí que estaba chorreando sudor. Mi cabeza empezó a dar vueltas y me desmayé.

Desperté y curé mi herida. No era nada grave. Intenté olvidar aquella presencia como si hubiera sido un mal sueño. Demasiada química en mi sangre, quizás, en los últimos días... Esa era la mentira lógica que decidí creerme; era sábado y quería seguir con mi tren de desenfreno. Los fines de semana era lo mismo, pero en más intensidad si cabe. Mi única finalidad era la satisfacción inmediata. Vivía borracho de placeres que buscaba con ahínco y nunca eran suficientes. Siempre podía ir un poco más allá y me daba igual las consecuencias. En tal estado de embriaguez, siempre fui consciente de que tenía elección, y elegía la maldad que residía en mí.

Elegí mis limitaciones mentales para sentir mi ser eterno queriendo salir. Ahora sé que puedo elegir ser ángel o demonio. Y cuando mi demonio quiere hablar, elijo darle amor; ya no lo encierro en una prisión. Y él promete no hacerme daño ni hacérselo a los demás. Su regalo es mostrarme mi dolor, y yo le correspondo confiando en él y en el proceso eterno existencial. Tan pronto aparece yo le sonrío, y más rápido desaparece, dando lugar a una luz más intensa que la anterior. Mi sombra me sigue dondequiera que voy, a veces más grande, otras más pequeña, pero siempre fiel a mis pies, debajo de mí donde es su lugar. Soy responsable de ella, y según cómo la trate, ella me tratará a mí. Ahora nos queremos. Ha obtenido mi permiso de surgir espontánea cuando estoy en peligro. Libre, toma los mandos en los momentos críticos en que la necesito y vuelve a su lugar cuando ha cumplido su cometido.

Pero para llegar a eso tuve que pasar la etapa de confusión que he narrado.

No voy a decir que me sienta orgulloso de lo que he relatado pero sí entiendo que es parte de lo que soy. Luces y sombras. Si no fuera por mis descensos a los infiernos, creería que cantando mantras, asistiendo a clases de *Tai Chi*, *Yoga*, *Chi Kung*, *Biodanzas* y demás exaltaciones espirituales me

conocería algo, cuando lo único que haría sería tal vez reprimir el poder vital que late en mí, con el peligro de producir estados mentales confusos, de apartarme demasiado de la realidad. Una visita al monstruo, a la sombra que llevo dentro ha sido mejor que años de retiros y meditaciones. Antes de ir a la luz era necesario aceptar mi oscuridad. Expectante, deseosa de salir y romper la cárcel autoimpuesta a lo largo de años de negación y represión.

Y es que el problema no se iba, y como me había dicho él: «Ahora era el amo». Por mucha fuerza que aplicara en su contra y por mucha resistencia que intentara oponerle, de nada servían; seguía cuesta abajo y sin frenos.

El comienzo sutil de la liberación sucedió una noche en que decidí relajarme y olvidarme de todo. Respiré y me serví un poco de coñac. Miré a través de la ventana. Observaba cómo me reía del mundo y de todos. Nada podía afectarme ni hacerme daño. Sorbía mi copa y me carcajeaba, tan seguro de mí mismo, tan superior a los demás me creía.

Mis gatos se acercaron. Micifú levantó su cola pidiendo atenciones y comenzó a ronronear mimoso dando vueltas a mi alrededor.

Entonces dejé de reír.

Kuka empezó a darme cabezadas en mis piernas primero, y en mis manos después, y levantó su cola mostrándome su amor incondicional.

Ya no me sentí superior a nadie...

Y rompí a llorar.



## ARCANO XVI. La Torre. Caída

«Lo único constante es el cambio». **Heráclito**

–¡Vaya, vaya con el macho alfa! –exclamó con sorna Eunomía, mientras yo, ridículo, con los pantalones bajados, era incapaz de que mi dragoncito mostrara su vigor.

–Yo... la verdad... es que... esto nunca me ha pasado.

–¡JAJAJA! –se carcajeaba, y su risa retumbaba dentro de mí, insultando mi vanidad viril-. ¡Pobrecito! ¿Sabes una cosa, muchacho? Creo que así, indefenso y pudoroso, tienes tu encanto.

–¡Vete a la mierda, joder! –increpé impotente, mientras me subía los pantalones, dolido en mi loca masculinidad-. ¡Me voy! ¡Tengo mujeres mejores que tú, que sabrán excitarme! –solté intentando devolver la herida abierta a mi jefa y ocasional amante.

–¡Qué gracioso! ¡Tendré que llamar a un hombre de verdad! –afirmó rotunda, y juro que eso me dolió en mi ego más profundo.

Salí de allí veloz, incrédulo de la situación, y aunque en el fondo sabía que era cuestión de tiempo, que esto pasaría tras unas semanas de excesos ininterrumpidos, mi ego creyó que era para siempre, y yo no estaba preparado.

Según llegué a casa, me tomé un par de «pirulas» y me fui con la bici, pero no llegué muy lejos. Estaba agotado, y mis piernas no respondían a mi voluntad; a duras penas pude subir Artxanda, y de ahí al Vivero. Tuve que detenerme arriba. Roto. Desconsolado. Atardecía, y empecé a llorar; esas lágrimas fueron el comienzo de la salvación. Mi demonio no me había dicho adiós, pero sí un hasta luego. Se había ido a reponer fuerzas, con la lección de que en el futuro sepa dosificar su valioso poder. Ahora, mientras veía el sol en su esplendor, cayendo en el cielo, sentí mi ego disolverse, y qué descanso es no querer demostrar nada. Ya no me apetecía seguir follándome mujeres porque sí, ni tomar drogas sin decoro, ni hacerme miles de kilómetros por las carreteras de Dios. Ahora, conocía mis limitaciones no sólo en la teoría sino en la valiosa e

infalible práctica. La resistencia del principio solo me creaba dolor, y empezaba a sentir que la prisión que me había creado era mental, una ilusión. La vida oscura se derrumbaba. Un drástico cambio psíquico era necesario, el cambio inevitable. Liberado de mi orgullo, decidí abrirme al desapego total, a la única ambición de no tener ninguna ambición, para más tarde no tener siquiera esa ambición.

Tomé mi bici y decidí coger lo que quedaba de mí en ese momento, que era poco pero real, y bajar, dejarme caer camino de la ciudad y de mi casa, disfrutar por disfrutar. Me dispuse a volver; ya no había prisa, solo deseaba la paz fresca del viento, la feliz libertad de no tener que demostrar nada a nadie, ni siquiera a mí mismo. Sin embargo, el karma me reclamaría más por mis acciones; aún debía pagar un saldo pendiente. No me dejaría ir con solo arrepentimiento y cansancio.

Me encuentro de regreso por una pista que va a Galdakao; el desnivel es grande y la bicicleta coge velocidad. Pienso en que voy a estar el resto del día en casa vegetando tranquilo cuando una curva a la izquierda, peligrosa y cerrada, me hace tocar el freno, y de repente, un reventón en la rueda delantera. Las imágenes se agolpan en mi cabeza, consciente de que, si giro el manillar y trazo la curva, caeré al suelo, y si sigo recto, iré en caída libre a los matorrales. Diez metros escasos con el tiempo que se detiene, y al final la pista decide por mí: un adoquín golpea mi rueda pinchada, caigo fuera de la pista y doy varias vueltas de campana cuesta abajo sobre arbustos y maleza.

Abro los ojos, tirado y magullado; la bici, unos metros detrás de mí, parece intacta, pero no puedo decir lo mismo de mi rodilla izquierda que tiene un duro golpe. El moratón es inevitable, y corro el riesgo de no poder pedalear hasta casa. Es una situación desesperante. Mi extremidad está ya totalmente ensangrentada, aunque me siento demasiado asustado como para preocuparme por mis sensaciones físicas. Veo que el día cae definitivamente, y con ello, mis posibilidades de que pase alguien y pueda dar parte de mi situación. Intento levantarme y el dolor se agudiza. La rodilla se inflama a pasos agigantados y temo que deberé pasar la veraniega noche allí. No sé si estoy preparado para tal desafío. ¡El móvil! ¿Cómo no se me ocurrió antes? Lo busco en uno de los bolsillos del maillot; lo encuentro y veo que no tengo cobertura en lo profundo del

bosque. Grito. Empiezo a aceptar que deberé pasar la noche allí como pueda. Observo de nuevo mi pierna cubierta de sangre, que ya está seca y le da un aspecto aún más desagradable. El sentimiento de impotencia e indefensión comienza a aterrorizarme.

De pronto, un olor a laurel impregna el ambiente, y aparece una hermosa mujer. Me mira y se acerca. Parece un hada de los bosques y su pisar no produce ruido alguno. Asustado, empiezo a pensar si habré abusado de los hongos alucinógenos, si esto también forma parte de algún castigo divino por mis desmanes, y me pregunto si no he pagado ya suficiente por mis delitos, si acabaré de pagar algún día. ¿Acaso no había sufrido ya suficiente por mis acciones?

Inquieto, temía que no.



## ARCANO XVII. La Estrella. Dafne

«La paz viene de adentro, no la busques afuera».  
Buddha

La bella y fantástica mujer no sé por qué puerta dimensional apareció.

Tal vez demasiada química en mi sangre en los últimos tiempos me hacía delirar, ¿o una espontánea apertura de la visión etérea me permitió ver tal fascinante ser del bajo astral?

El caso es que ahí estaba: una mujer grácil, linda, no muy alta, ojos claros, pelo largo muy negro, con poca vestimenta, y una sutil corona de laurel sobre la cabeza, de piernas ligeras, con un cinto donde mantenía atado un pequeño hatillo. Ella estaba tan desprovista de casi todo que no sentí temor. Era una mujer que se mostraba tal y como era, sin máscaras ni disfraces. Una sacerdotisa del bosque con su grandeza y equilibrada desnudez. Aunque apenas había luz solar, pude captar perfectamente su deidad y su conexión con el bosque.

–¿Quién eres?

–Mi nombre es Dafne, hermoso –respondió con voz celestial.

–¿Puedes ayudarme? Tengo la pierna herida y apenas puedo moverme por la inflamación de la caída.

Sacó unas hojas de laurel de su hatillo, comenzó a masticarlas y salivarlas, y al fin, las escupió, convertidas en una pasta pegajosa que colocó en su mano derecha. Con la mano izquierda tomó parte de ese unguento y lo colocó sobre mi moratón, que ya era de un violeta oscuro con muy mal aspecto. Cuando cubrió toda la herida, con el mismo cuidado y como en un ritual, aplicó el resto de la pasta sobre la tierra.

–Es mejor que reposes aquí esta noche. Mañana cuando salga el sol, podrás volver a casa.

–¿Tengo que pasar toda la noche a la intemperie?

–En unas cinco horas saldrá el sol y podrás marcharte. Puedes protegerte bajo ese árbol de laurel.

–¿Qué árbol?

–Está a tu izquierda, hermoso –me indicó mi benefactora. Curioso, alcé la vista y en efecto, ahí estaba.

–¿Y por qué ese árbol y no otro? –pregunté interesado volviendo mi vista hacia ella, pero el hada había desaparecido.

Me acerqué poco a poco al árbol; era de unos cinco metros, con copa poblada y oscura, y tronco recto sobre el que apoyé mi espalda.

No tenía sueño, y me dediqué a contemplar el bosque, a reflexionar sobre mis momentos de soledad, que tanto disfruto. Aunque este fuera obligado, no por eso iba a dejar pasar la oportunidad de estar bien conmigo mismo. Reposé mi cabeza cómodamente sobre la corteza gris del laurel y vislumbré un cielo lleno de estrellas. Me quedé embobado observando, como cuando era niño y por las noches de verano en Huerga del Río, las buenas gentes salían a la calle con sus sillas de casa para contemplar la inmensidad del universo, su brillo único; el sentir ilimitado del alma. Narcotizado por tal espectáculo, mi mente vacía ya no registraba el dolor de mi rodilla. Me conectaba con el cielo, pero bien asentado en la tierra. Una fuerza emergía en mi interior, más intensa que la fuerza animal que había gozado hacía poco, y una sensación inmensa paz me envolvía.

Tantas estrellas y luces en el cielo parecían querer darme algún mensaje; los sueños más bonitos estaban ahí, en la inmensidad. Si esto era real y no una ensoñación, entonces mis sueños podían llevarse a la realidad; quizás fuera esa la lección que me daban: que formamos parte de ellas y como nosotros las observamos, ellas nos observan, y nos retroalimentamos en un maná eterno.

Y así, saciado de paz y alimento del corazón, mis ojos empezaron a cerrarse buscando el descanso corporal, justo un momento después de haber conseguido el espiritual. Un instante antes de dormirme, di una última mirada a la sonrisa lunar, con su promesa en forma creciente de mecarme y llevarme con ella; seductora y cautivante.

Dicen que la luna es mentirosa; creo que no es verdad, tan solo nos muestra nuestras propias mentiras.



## ARCANO XVIII. La Luna. Hécate

«No debe prometer andar en la oscuridad quien no ha visto el anochecer». **John Ronald Reuel Tolkien**

Corría sin detenerme. Bajo tierra. En pasadizos de un inframundo de olores fétidos y vapores hediondos que surgían de la negrura; un paisaje desolador, desmedido, amenazante, caótico.

Mi perseguidor se me acercaba cada vez más. No había podido verlo, pero sabía que estaba tras de mí; acechándome sin descanso. La oscuridad acompañaba el peligro. Aterrado y sin sentido de la orientación, realidad o ilusión, estaba en un reino de silencio donde solo oía mis veloces pisadas y mi propio latir.

Varios caminos surgieron ante mí: algunos seguían adelante y otros bajaban más. No sé por qué siempre decido bajar; lo hago sin pensar ni razonar. Debo de ser masoquista porque cuanto más me hundo en lo desconocido, más temor e inquietud siento.

Descendía en este mundo de sombras y horrores mudos, huyendo y pensando cuándo acabaría todo esto. Tras un rato, me pareció divisar una luz a lo lejos. Caía más y más por esos pasadizos sin perder de vista la luz, y cuando al fin me detuve, encontré una vieja puerta de madera entreabierta. La empujé y allí, de pie, estaba una mujer alta, sombría, con una antorcha en la mano, vestida con una toga grande y oscura, y en la frente, el signo lunar creciente. La acompañaba un enorme perro negro de aspecto infernal, ojos amarillos, fiel y preparado para acatar cualquier orden de su ama.

–¿Por qué huyes? –preguntó enojada–. ¿Por qué perturbas el silencio de mi reino?!

–¡Alguien me persigue! ¡Creo oír sus pasos cerca! ¿Y quién cojones eres tú?

–¡Mi nombre es Hécate, insolente! –rugió con voz profunda–. ¡Y aquí sólo estas tú! ¡Lo que oyes es tu miedo!

–¡Por favor! –supliqué–. ¡Ayúdame!

–¡Date la vuelta y enfréntate a tus miedos! –ordenó.

Giré y observé de nuevo la vieja puerta entreabierta. Los pasos eran ya prestos y cercanos. El momento de la verdad estaba frente a mí. ¿Por qué me perseguían? ¿Qué querían de mí? La encrucijada a la que me sometía esa misteriosa mujer iba a llegar a su fin. Me dije a mí mismo que debía conectar con la realidad que se me iba a revelar.

Volví a mirar a la temible y oscura mujer lunar, y ella exclamó:

–¡Ahí tienes a tu enemigo!

–¡Un niño! –grité.

–¡Confía en tus instintos! –proclamó la misteriosa mujer.

El niño, de no más de cinco años, con aspecto colegial, ojos verdes llenos de lágrimas, pelo alborotado y los mofletes rojos de cansancio, me observaba quieto, temeroso, esperando de mí una reacción.

Entonces mi indecisión se convirtió en claridad.

Allí donde era incapaz de ver, la magia de la misteriosa Hécate me dirigió en la dirección correcta: a ese niño que fui, al niño que soy.

El niño intuyó que le había reconocido y corrió hacia a mí con los brazos abiertos, buscando el amor que le había negado, y nos fundimos en uno. Emocionado le besé, le dije que ya no tenía nada que temer, que ahora estaba allí para protegerle, que nada malo le pasaría a partir de ese momento. Ya no huiría de mí mismo, no lucharía; ahora solo quería seguir abrazando mi niño interior. Le pedí perdón, y él me regaló su infantil amor incondicional.

–Has evitado, y huido de tus miedos toda tu vida, de quien realmente eres –dijo compasiva– con la hiperactividad, con el sexo, las evasiones, la autodestrucción, la negación. Tú eres tu propio enemigo, ahora ya lo sabes y debes reconciliarte. Ya te has maltratado bastante.

–¿Cómo podría pagarte lo que has hecho por mí? –ofrecí con la emoción y el llanto.

–Tu actitud es mi pago –concedió misericorde–. Asisto a los hombres que se enfrentan, les ayudo en su camino y les guío en la victoria.

–¡Pero si no he hecho nada! –balbuceé incrédulo.

–Has hecho más de lo que crees. Has llegado hasta aquí y has hecho los sacrificios necesarios. Tienes tu justa recompensa.

Mi niño se fundió en mí, y ahora éramos uno. Le tenía en mi corazón; le sentía gozoso, palpitando feliz, auténtico, libre y protegido. Ya no le dejaría ir; se quedaría conmigo siempre. Ya no tenía miedo.

Hécate se acercó solemne y con brillo en los ojos, como una papisa oculta que revela secretos cuando menos lo esperas, me indicó el camino de vuelta y exclamó:

–¡Ve! ¡Ve hacia la luz! Ahora sí estas preparado.



## ARCANO XIX. El Sol. La luz orgásmica

«La sonrisa es más barata que la electricidad,  
y da más luz».  
«El orgasmo es un siniestro total». **Anónimos**

Los primeros rayos de luz me despiertan y sonrío en plenitud. Más descansado y lleno de vitalidad, me siento bendecido por el nuevo día.

Me miro la rodilla. Aparto el ungüento ya seco y descubro apenas rastros de la herida de ayer. Tal como me anunció Dafne, me siento sano y fuerte; amanece dentro de mí un nuevo vigor inédito. Mentalmente, le digo «¡gracias!» al hada sanadora, y me despido de mi árbol de laurel; acariciando la corteza de su tronco, le agradezco el cobijo que me ha dado. Con paso firme agarro mi bici, recupero la pista y la curva donde me salí. Cambio la cámara e hincho la rueda hasta dejarla a mi satisfacción; entonces, me dispongo a volver.

Renovado, juego como un niño. Rodando feliz carretera abajo. Disfrutando. Bailo y me contoneo en cada curva con espontaneidad infantil. Con el olor del aire matutino. Voy recuperando las sensaciones felices de lo simple de la vida. Revitalizado, libre de dogmas, maestros o gurús, solo el sentir directo como máxima expresión es lo único que necesito. Doy rienda suelta a los verdaderos deseos de mi corazón y decido no volver directamente a casa; antes pasaré por el lecho de mi amada Brigit. Le pregunto por SMS si puedo verla, y ella me da su visto bueno. Rauda, llego y llamo a su portal. Me abre y me espera con un camisón rosa.

–¿Pero de dónde vienes, amor?! ¿De la guerra?

–Joder, si yo te contara...

–¿Quieres ducharte? –me ofrece–. Luis ha salido a trabajar y ya no volverá hasta la noche –señala pícaro.

–¡No! –exclamo enérgico–. He venido a otros quehaceres. Aparte, ¿no iba a pedir su merced la separación?

–¡Sí! –replica entusiasmada–, ya se lo he comunicado y en un mes tendremos los papeles del divorcio. Tras muchas deliberaciones ha aceptado...

—¡Pues vamos a celebrarlo, cojones!

Le quito la ropa con las ganas y pasión de la primera vez que nos dispusimos a hacer el amor. Complacida, jugamos a conocernos como si no nos hubiéramos tocado nunca antes. Loca de deseo se pone sobre mí, agarra mi *lingam* y lo introduce en su *yoní*, que da la bienvenida a mi sexo con la calidez del hogar, donde uno es amado. Con el conocimiento de la mujer que sabe hacerte gozar, me lleva a un punto álgido de placer en el que aparece una luz blanca que me envuelve. Me dejo transportar, y me veo hace veinte años sobre la bicicleta, por las carreteras montañosas locales del Valle de Arratia, gritando pleno y potente por la alegría de sentirme vivo.

Al volver, ella me sonríe, y soy yo el que entonces yace sobre ella, con impulsos apasionados, conectamos más y más. La miro a los ojos y experimento otro estremecimiento, esta vez más fuerte. La luz vuelve y me entrego a ella. Regreso a los diez años y me descubro jugando al fútbol con mis amigos. Jugamos sin reglas, solo por el placer de compartir y disfrutar, en un partido caótico donde todo es a la vez armonía, donde el balón es de todos y de nadie, donde las tardes parecen no acabar nunca, y uno se hace eterno.

Brigit, complacida, también quiere jugar, ríe y me regala una felación llena de lametones, besos y excursiones por lugares jamás explorados. Siento el calor y la humedad de su boca; y otro estremecimiento, el más intenso de los tres. En otro orgasmo de luz, me dejo ir, y regreso a la niñez, a mis dos años. Estoy acomodado en un sofá. Mi madre coge algo de un cajón y regresa a la cocina. Con curiosidad miro el cajón. Detengo mi mirada un lento segundo y el cajón se abre. Muevo las manos y sonrío complacido de mi hazaña. Entonces mi atención se centra en una pequeña lámpara de noche encima del mueble. Por un momento, parece que me veo ridículamente serio y me hace gracia. La lámpara empieza a moverse hasta llegar al borde del escritorio. Cae y al golpear contra el suelo la bombilla se rompe y el brazo se parte. El ruido escandaloso hace regresar a mi madre, que ve el estropicio con cara de circunstancias e incrédula se cuestiona cómo ha podido suceder.

Y mientras yo río y río...

Reposamos satisfechos. Desnudos. En paz. En quietud y silencio; Brigit acaricia mi dragoncito y pregunta con infantil curiosidad:

–¿Sabes, amor? Te conozco tanto que he sentido tres orgasmos tuyos... pero no hay rastro de tu amor ni en tu pene, ni en mi vagina –y sorprendida añade finalmente– ¡ni tampoco en mi boca!

–Y así es. Tres gozosos y duraderos orgasmos.

–¿Y por qué no has eyaculado?

Está claro que necesita una respuesta, y solo puedo responder sin reflexionar lo que me sale del corazón:

–Porque ha sido todo mi ser el que ha eyaculado.



## ARCANO XX. El Juicio. Despertar

«Una vez aceptemos nuestras limitaciones, iremos más allá de ellas». **Albert Einstein.**

Ya mediodía salgo de casa de Brigit.

Tengo hambre y me dispongo a saciarlo. Es un día soleado, espectacular. Antes voy a ducharme y cambiarme; Micifú y Kuka reclaman su comida y sus atenciones mimosos, y juego con ellos. Entro en la ducha sin prisa. Me trato con el amor que merezco y un plus más. Al salir, me seco y me observo en el espejo; surge en mí el ego consciente y le doy la bienvenida. Me prometo vivir libre y dedicarme a ser yo mismo en forma plena. Al poco de terminar de vestirme, y darme las atenciones requeridas, suena el móvil. Mi querida jefa está que arde:

–¡Muchacho! ¡¿Se puede saber dónde estás?!

–Hoy no puedo ir. Tengo asuntos personales que debo atender y que no aceptan demora –explico, y sé que no miento.

–Por favor, la próxima vez ¡llama!

–Sí, perdóneme, de verdad –vuelvo a excusarme, y siento que la energía de ella cambia ante el tono de mi voz.

–¿Estás bien?

–Sí, señorita Eunomía. Quiero aprovechar la ocasión para pedirle perdón por todos los problemas que le he causado en el trabajo. Muchas veces fue por envidia ante su capacidad. Creo, sinceramente, que usted es una persona muy eficiente, disciplinada, y confieso que siento admiración por ello. Creo también que es una mujer muy sexy y hermosa, y me disculpo por mi comportamiento infantil y estúpido en nuestros últimos encuentros.

–Ritxard, ¿estás bien? No te reconozco... –musita.

Noto que he tocado su parte sensible, y es que mi querida jefa también tiene su corazoncito.

–Sí, muy bien, y todo lo dicho, así lo siento.

–Bueno, está bien –dice azorada–. Tómate el día libre, y si necesitas algún día más, no hay problema, ¿de acuerdo, muchacho?

–Muchas gracias Amparo, pero creo que mañana ya iré a trabajar.

–Vale, que pases buen día. Hasta mañana.

–Hasta mañana.

Me parece que la he asustado y me hace gracia, pero me siento muy bien, liberado por decirle lo que siento. ¿Será que al cambiar yo, los que me rodean cambian conmigo?

Salgo por fin a saciar mi apetito y voy al supermercado por aprovisionamiento. En la zona de congelados, una mujer pelirroja, menuda y muy atractiva no se decide entre el salmón y la merluza. Me acerco y le propongo elegirme a mí, mucho más divertido y «nutritivo». Me mira con sorpresa. Sin saber qué decir. En algún resquicio de su dogmática mente encuentra la respuesta correcta: «cerdo atrevido», creo que es lo que me dice. O algo similar. Me sonrío y gozo de la sensación libre de tomarme la respuesta con la alegría de intuir que no existe el rechazo; solo lo que fluye y lo que no. Salgo con las bolsas llenas de víveres, y camino a casa, me apetece tomarme algo en el bar de Félix. Justo a medio camino, me encuentro con mi pechugona vecina.

–¡Ginebra! –exclamé entusiasmado ante su sorpresa–. ¡Cómo estás, cariño!

–Bien... ¿y tú?

–Fantásticamente, por cierto, mis disculpas por el otro día. No mereces que nadie te trate como lo hice, y menos yo. Estoy avergonzado y espero que algún día me perdones...

–Ay, la verdad es que te pasaste –dijo azorada–. Pero me alegro de que hablemos, y lo dejemos zanjado... ¡Pero que no se repita!

–Gracias, así será Ginebra, ¡que tengas buen día! –exclamé y la obsequié con dos besos a modo de despedida.

–A ti –respondió sorprendida pero también espontánea, relajada y feliz.

Me despido y entro en el bar. Pido mi consumición y me es servida diligentemente. Mientras disfruto una infusión caliente y leo el periódico. Una ya conocida morena me aborda con la misma cantilena.

–Hola, guapo. ¿Me sacas algo?

–Mi religión me lo prohíbe –respondo– pero no me prohíbe que me invites tú.

–¡Qué descortés!

Y se va con aires de ofendida. Muy digna ella. Todo muy teatral. El caso es que sigo leyendo cuando otra voz femenina atrae mi atención:

–Creo que no hemos empezado bien –alega la pelirroja que, sorprendentemente, está en el bar.

¿Me habrá seguido? ¡Ay, qué creído soy!

–Tal vez no –concedo, vamos que le doy la razón porque la razón a mí ahora me importa un pito.

–¿Me invitas a algo?

–¡Claro! –respondo, y es que mi religión también me prohíbe ser gilipollas, y un detalle llama a otro.

–Me llamo Dana y estoy casada –me confiesa mostrándome el anillo.

–Pues felicidades –contesto encogiéndome de hombros.

Sonrío y bebo mi infusión antes que se enfríe.

–¿Y a qué te dedicas?

–Soy escritora.

–Vaya, ¿y qué escribes?

–La aventura de vivir...

Tras varios tragos más me pide que le presente a mis gatitos, y como soy un caballero, así lo hago.

Vamos a mi casa, los ve un segundo, entona un diplomático «qué monos», y sin más devaneos, busca mi bragueta. Le sugiero que nos pongamos más cómodos, y ella accede con el despertar de mi dragoncito en sus manos. Me desvisto y advierto que solo yo estoy desnudo.

–¿Te importa que solo te la bese?

–¡¿Solooo?!! ¡Joder, claro que no! ¿Te importa que mientras lo haces vea el partido del Athletic? –rebato feliz.

–Me parece justo –concede–. Siempre he tenido la fantasía de lamérsela a un desconocido. Nada de follar hoy. Así que al menos ponte cómodo... y gracias por cumplir mi sueño erótico.

–De nada, mujer –contesto, y es que me encanta hacer feliz a la gente oye, es tan satisfactorio.

Y mientras el Athletic pierde contra el Hércules, yo disfruto de las caricias enérgicas y los besos lentos de mi nueva amiga, tan prolongados, vibrantes y calientes, que varias veces disminuye la intensidad para alargar más el ritual de adoración al poder fálico, y es que hay tantos instantes por los que uno agradece ser humano...

–¿Cómo vamos?

–¡De puta madre!

–¡Me refería al partido! –corrige jocosa.

–¡Jajaja! Los leoncitos van palmando, ¡pero mi dragoncito gana por goleada!

–¡Esa es la actitud! Te has ganado que siga. ¡Cuando metan gol te dejo terminar! –dice juguetona, y es premonitorio porque al poco el nueve bilbaíno perfora la portería con un inapelable testarazo.

–¡Gooool! ¡Gooooaaahhh! ¡Ahhh! ¡Sííí...! ¡Mmm...! ¡Mmm...!

Termina el partido, y ella, su sagrada tarea. Se despide de mí y de mi feliz dragón, que reposa tras una ardua tarde de trabajo. El Athletic al final pierde el partido dos a uno, pero nosotros ganamos el nuestro, que era el único que nos importaba.

Es bastante tarde. Me levanto para comer algo de lo que pillé en el supermercado. Me propongo hacer algo de provecho. Y, en efecto, decido no hacer nada, que es lo que más me apetece; y vuelvo a la cama con la idea de descansar hasta mañana.

Al acostarme, los gatos reclaman su lugar. Se acomodan poco a poco, tomándose su tiempo, recordándome con sus actos la lección del presente consciente en lo que se hace y se siente.

Antes de cerrar los ojos, henchido, extasiado con la paz de haber fluido sin resistencia, agradezco al mundo el regalo de tan fantástico día.

«Gracias...»



## **ARCANO XXI. EL Mundo. El eterno baile**

«El baile es el ritmo de todo lo que muere para volver a nacer otra vez, es el eterno amanecer del sol».

Isadora Duncan

-¡Jijijijijiji!

-Mmmmmmm...

-¡Vengaaa! ¡Remolón!

-¿Qué demonios?! ¡Bruno! ¿Qué cojones haces aquí? Creí que no volvería a verte.

-Tú siempre tan inspirado. ¡Jijijijiji! Anda, vístete, ¡nos esperan!

-¿Nos esperan? ¿Quién nos espera?

-¡Todos!

-¿Todos? ¿Quiénes son todos? -dije medio dormido aún, mientras intentaba torpemente ponerme los pantalones.

-¡Venga! ¡Te espero en la terraza!

-Ya, que ya voy, ya... ¡Joder! ¡Qué prisas! -rezumaba quejoso, mientras los gatos, tras un instante de curiosidad, decidieron volver a dormirse. ¡Es que ellos sí que saben!

-¡Jijijijijiji... ¿preparado para subir?

-¿Subir? ¡Dioss!

Suspendido en el aire estaba el carro con los dos caballos soberbios, prestos, esperando para marchar. Bruno fue el primero en subir de un salto, y yo, con algo de carrerilla ya que la faena, confieso, me daba vértigo, respiré y decidí brincar para también arribar con éxito.

-¿Y a dónde vamos?

-Al hogar de tu corazón -respondió esta vez sin reírse, serio como nunca lo había visto, excepto cuando le había preguntado su nombre. Estaba claro que era importante, y enseguida lo deduje:

-¡Claro! ¡¿A dónde mejor podría ir?!

El carro, visceral y potente, arrancó surcando los cielos. Sobre las nubes se entreveía la ciudad, y pronto siguieron los paisajes rurales. De la vegetación verde y norteña pasamos al sobrio paisaje castellano-leonés: la elevada altitud de las

llanuras centrales, sus grandes espacios y numerosos pantanos, los prados y viñedos, dehesas y pastos para el ganado, amplios cultivos de girasol, maíz, cebada, patata, zanahoria... y, por fin, avistamos Carrizo, cruzamos La Milla, y de allí, a Huerga del Río, con apenas 19 habitantes en invierno y los muchos visitantes que buscan paz y descanso en verano.

El carro bajó a la plaza principal del pueblo y cogió el sendero pedregoso que se adentraba en el bosque de robles y hayas, además de algunos fresnos, avellanos y abedules. De repente, en un claro, apareció ante mí el templo de mi niñez, como si siempre hubiera estado allí. Imperecedero. En armonía con la naturaleza. Esperando a que por fin me decidiera a entrar. Bajé y Bruno me acompañó. En el ambiente solo sonaba el viento. Una noche mágica y veraniega de las tierras leonesas.

–¡Vamos adentro!

–Jijijijijiji...

–¡Pero si es una fiesta, joder! –exclamé al cruzar la entrada.

Allí, en efecto, estaban todos, en un amplio salón donde se reía y bebía, con una barra donde los demonios de Lilith servían a los invitados. Tara, Kali, Artemisa, Dafne, Hécate y la propia Lilith, que se acercó a recibirme. Bailaban con una música de fondo, mezcla de jazz y circo, que otros demonios tocaban en una orquesta loca. Eran melodías espontáneas; cada nota era una aventura de constantes acordes nuevos, asombrosos e inesperados.

–¡Ya has llegado! ¡Ven a beber algo conmigo!

–¡Sí, por favor! ¡Una cerveza! –pedí al demonio de Lilith que tenía más cerca en la larga barra de bar.

–¡Jajajajaja! –rió mi benefactora–. Aquí solo tomamos néctar y ambrosía.

El pequeño demonio me acercó un vaso con un líquido de olor intenso que en su sabor me recordaba la miel.

Tara se acercó, me saludó y comenzó a besar a Lilith, a tocarse y acariciarse, y yo disfrutaba del espectáculo mientras los demás seguían danzando con la música que no se detenía. Tara acariciaba ahora los senos de Lilith, al tiempo que una serpiente asomaba por la espalda de mi protectora oscura, se deslizaba por su cuerpo y buscaba el calor del sexo de mi protectora de luz. Mis dos diosas, opuestas ellas, se fundían en

un profundo beso, y lo mejor es que no paraban de bailar a la vez que se amaban; era poesía para los ojos.

En ese momento, un águila se posó en mi hombro y me saludó antes de volver a emprender el vuelo. Entonces noté que mi templo no tenía techo, o más bien, sí lo tenía: lo cubrían las estrellas –protectoras, infinitas y radiantes– y me gustaba que así fuera.

Tara me llevó de la mano a bailar con ella y Lilith, y los demás se nos unieron. Era un baile loco, frenético, delirante, apoteósico y muy divertido. Detrás de mí, Kali me acarició el pelo, y me sobresalté un poco, pues, aunque estaba agradecido de conocerla, aún era reciente el dolor que me había infligido. Ella, divertida, dijo: «¡Tranquilo! Ya te he dicho que me pareces guapo», y siguió con su danza loca, moviéndose desnuda, poseída. Poseídos todos. Sin control, pero conscientes; felices.

Ahí nada ni nadie se tomaba en serio. Todo era una chanza constante y eterna. Bailando nos sentíamos puros de espíritu y corazón. Dirigíamos el baile como la vida, con la única pretensión de pasarlo bien. Bruno se unió al baile. El muy pícaro le tocó el culo a Hécate, y su negro perro le mordió la mano para diversión de todos los presentes. Dafne me trajo otra copa y me besó, un beso con sabor a laurel fresco, que mitigó el hastío dulce que empezaba a sentir del néctar líquido; entonces comencé a echar de menos los huevos con patatas fritas y el olor del mate caliente... volvió a besarme y esta vez me transportó por un instante a los ricos bosques y ríos. Tras el beso me confesó que podría buscarla, siempre que quisiera, en cualquier arbusto o árbol de laurel del mundo.

Fatigado ya de tanta exaltación, quise sentarme un momento. Necesitaba una pequeña tregua, pero Artemisa llamó mi atención y preguntó: –¿Te quedarás aquí con nosotros para siempre? –Asustado por la propuesta, solté automáticamente que no.

–Debe de ser bastante aburrido ser un Dios, y bastante más divertido y emocionante ser un humano –repliqué, y mi respuesta complació especialmente a Lilith, quien me dijo sin ánimo de convencerme:

–Aquí no sufrirás los avatares y riesgos de la vida...

–Sí, pero siento que deseo seguir mi propio camino –argumenté.

–¡Así es! ¡Me alegra tu decisión! –exclamó Lilith-. ¡Nosotros aquí somos solo tus invitados!

–Eso me recuerda que debo pedirlos que cuando terminéis, por favor, recojáis todo, y lo dejéis como estaba. Este es mi lugar de reposo y fuente de paz, mi templo, y os ruego lo respetéis como si fuera vuestra propia casa –requerí serio para sorpresa de Bruno, los diablos y todas las diosas presentes.

–Así se hará –dijo la compasiva Tara.

–Bruno, yo me voy. ¿Te quedas?

–Yo me quedo –me susurró cómplice-. ¡Aún tengo la esperanza de cepillarme a alguna de estas esculturales diosas! ¡Jijijiji!

–Muy bien. ¡Adiós y gracias, amigo!

Salí, y la paz de la noche castellana me impactó. Parecía imposible que allí nomás se estuviera dando aquella fiesta.

Volví a entrar y esta vez el templo estaba diáfano, vacío entero. No había música; reinaba un gran silencio. Mis amigos habían dejado mi casa en paz como requerí, y ahora era como la recordaba siempre. De mi interior brotó una amplia gratitud hacia el universo pues tendría siempre mi hogar, mi lugar con el todo. Me centré en medio de la sala, y allí me quedé mirando las estrellas. ¡Eso sí era una fiesta, una ascensión, un lugar donde ser física y espiritualmente libre! Hechizado y absorto, el sonido de los caballos afuera me recordó que estaban allí, esperándome. Era hora de regresar, aunque ahora sabía que podría volver a mi casa cuando quisiera.

El viaje de vuelta fue silencioso. Me traje conmigo la paz y la armonía de mi hogar. Me despedí de los caballos y les agradecí su ayuda.

Micifú y Kuka seguían dormidos, y es que ellos también estaban en su particular templo gatuno. Aún quedaba oficialmente una hora para ir a trabajar, así que me lo tomé con calma. Pensaba en vestirme y prepararme algo de desayunar cuando sonó el timbre. ¿Quién sería tan temprano? Abrí la puerta, y allí estaba Ginebra, esperando, reclamando sus dosis de atención. No pude evitar empezar a reírme sin control. Ella, sorprendida, estupefacta, inmóvil, esperaba una explicación, y yo solo podía carcajear sin orden ni concierto.

El círculo se cerraba, y a lo lejos se escuchaba una sutil risa infantil...

«¡Jijijijijijiji...!»

## Referencias

**ÁGUILA:** Ave que simboliza la conexión con el padre cielo, y con su espíritu divino.

**ANGUS:** Dios de la inspiración, juventud y amor. Poseía un manto de invisibilidad con el que protegía a sus amigos y compañeros.

**ARTEMISA:** Diosa de la noche, los animales salvajes y la virginidad. Orión intento violarla, pero un escorpión la salvó y mató al gigante. Artemisa recompensó al escorpión situándolo entre las estrellas como una constelación. Así se explica por qué la constelación de Escorpio aparece justo cuando la de Orión empieza a ponerse.

**BRIGIT:** Se considera una clásica diosa triple céltica del fuego; fuego de la inspiración, fuego del hogar y fuego de la herrería. Aviva la fuerza interior si es necesario. Diosa también de la sanación y adivinación.

**DAFNE:** Ninfa de los árboles, protagonista en la mitología griega del amor no correspondido con Apolo. Este la perseguía para poseerla, y cuando estaba a punto de atraparla Dafne pidió ayuda a su padre, el dios Ladón, quien para evitar la violación la convirtió en un árbol de laurel.

**DANA:** En la mitología celta es la diosa de la literatura. En algunos textos aparece como la diosa que guía a hombres que estén libres de miedos, celos o tacañería.

**EUNOMÍA (AMPARO):** Es la diosa de la ley y la legislación. Hija de Zeus. En la mitología romana se llama Disciplina.

**GINEBRA:** Fue la mujer del Rey Arturo, y según la Mitología Artúrica, infiel con Lancelot, uno de los caballeros de la Mesa Redonda.

**FRÓNESIS:** Es la habilidad para pensar cómo y por qué debemos actuar para cambiar nuestras vidas a mejor. Conciencia de diferenciar el bien del mal. Virtud del pensamiento moral, la sabiduría práctica.

**HEFESTO (LUIS):** Es el dios del fuego y la forja, así como de los oficios manuales (herrereros, artesanos, etc.). Estaba emparejado oficialmente con la hermosa Afrodita; sin embargo, esta se entregaba a Ares.

**HÉCATE:** Diosa compleja, inquietante, misteriosa. Se mueve en el mundo de las sombras y sus terrores. Se hace acompañar por perros fantasmales; según otras fuentes, por un gran perro negro.

**HESÍODO (BRUNO):** En los relatos cosmogónicos, la Teogonía de Hesíodo es la fuente en la que se nutre toda la mitología griega. El caos fue el primer dios elemental antiguo en surgir de la creación del universo.

**INTXIXU:** Genio perteneciente a la mitología vasca. Vive en cuevas, montes y zonas despobladas. Es un brujo, un *sorgin* macho.

**KALI:** Diosa de la muerte y la destrucción, y a su vez, de la regeneración. Es una diosa terrible. Encarna la energía femenina pura, destruye las ilusiones, asusta al ego y simboliza la transformación.

**MARI:** Divinidad principal de la mitología vasca. Toma forma de mujer, generalmente vestida de verde, de abundante cabellera rubia, que se peina al sol con un peine de oro. Castiga la

mentira, el orgullo y el robo, pero ayuda a los que creen en ella, y les proporciona regalos.

**NECTAR Y AMBROSÍA:** Habitualmente, el néctar era la bebida de los dioses, y la ambrosía, la comida. Era la misma sustancia en diferentes formas.

**LAMIA:** En la mitología vasca, es una hermosa mujer, cuyas extremidades inferiores pueden ser las de una gallina, pato o cabra. Las Lamias vivían en cuevas o ríos. Existen historias, leyendas de ataques de Lamias a los humanos, y a otros que los ayudaban.

**LAUREL:** El aceite o la cataplasma de laurel alivia los problemas reumáticos, trata las inflamaciones y dolores óseos, también efectivo en problemas dérmicos. Levanta el ánimo y fortalece la voluntad.

Planta que se asociaba a Dios y al sol. Considerada sagrada por su valor místico y profetizante. Símbolo también de fama, poder y gloria.

**LILITH:** Gran sacerdotisa, sanadora y protectora, suele ilustrarse y visualizarse con el pelo rojo o anaranjado, acompañada de una serpiente, que sugiere su vínculo con la Kundalini. Demonizada por las culturas patriarcales, personifica el aspecto de lo femenino profundo, que no puede ser sometido por nada ni por nadie porque es libre. Relacionada con los ritos sexuales, en los cuales se transforma esa energía, como vehículo para llegar a la consciencia plena.

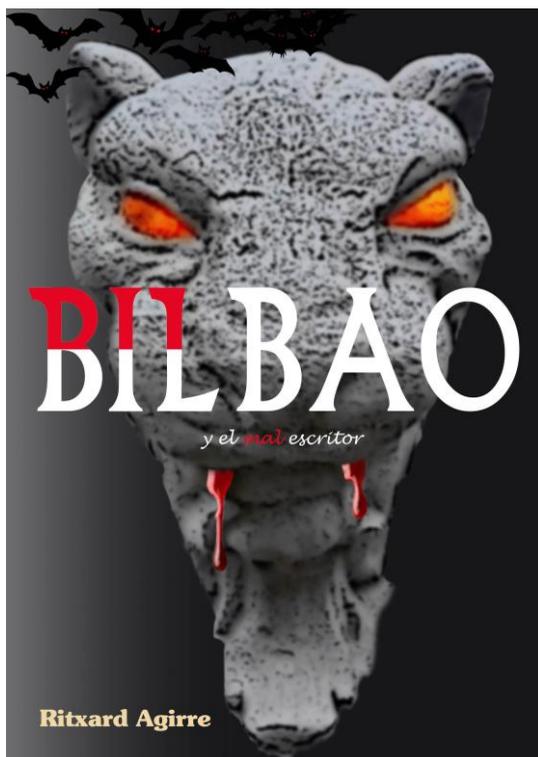
**TARA:** Tara se ilustra en 21 formas diferentes y en varios colores. Tara Verde es la que me ha inspirado, y tal vez la más conocida. Es el auxilio, sana a los seres heridos o dañados, en lo físico y lo espiritual. Su color –el verde– simboliza el poder de la acción de un Buda, relacionado con el elemento aire, que en lo corporal nuestro corresponde a la respiración. De paz serena personifica la compasión de la mente totalmente iluminada.



«En el silencio no hay preguntas ni respuestas,  
solo el latir del corazón»

## OTROS TÍTULOS DEL AUTOR (AMAZON)

«**BILBAO y el mal escritor**» (Kindle)

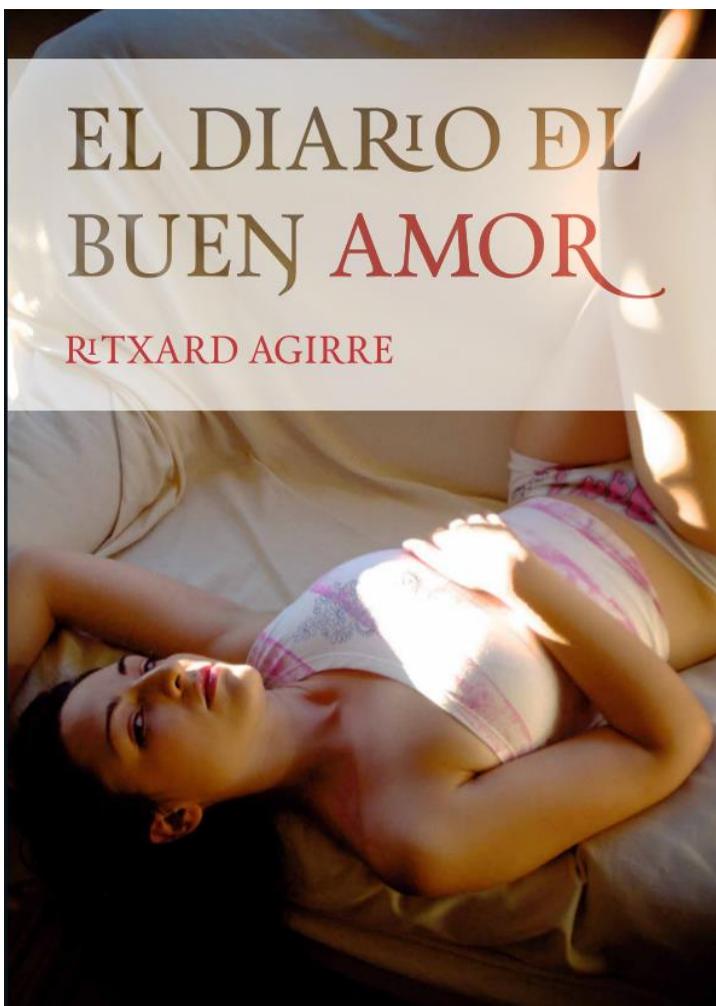


Teo es un escritor frustrado y hedonista que oye una voz a la que intenta obedecer. Tras un par de proyectos literarios fallidos, decide contar la historia de Lukas, el vampiro que, cual oscuro señor feudal, guarda Bilbao desde las sombras. Mientras Teo tiene que luchar con sus propios conflictos internos, Lukas deberá librar una batalla que puede cambiar el destino de la noble villa para siempre.

«BILBAO y el mal escritor» es una historia dentro de otra historia. Fantasía y realidad se fusionan en una aventura impregnada por el espíritu único de la ciudad.

«**BILBAO y el mal escritor**» también disponible en formato físico en [oraculodedelfos.com](http://oraculodedelfos.com)

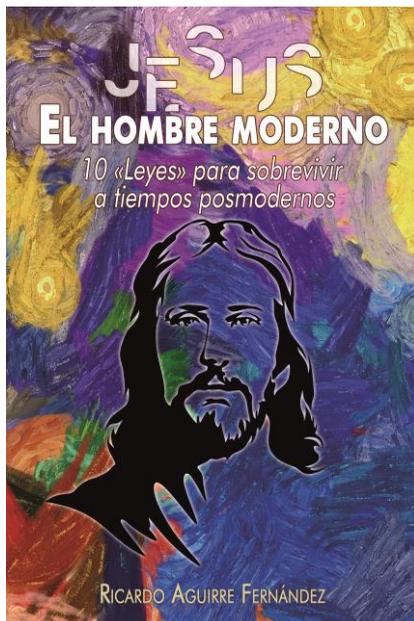
OTROS TÍTULOS DEL AUTOR



«**EL DIARIO DEL BUEN AMOR**» también disponible en formato físico  
en [oraculodedelfos.com](http://oraculodedelfos.com)

## OTROS TÍTULOS DEL AUTOR (AMAZON)

«**JESÚS, EL HOMBRE MODERNO. 10 «leyes» para sobrevivir a tiempos posmodernos»» (Kindle)**



En un mundo hiperconectado y con movimientos que ganan cada vez más fuerza en el Estado y en nuestra cotidianeidad, el individuo, paradójicamente, se ve más forzado a autocensurarse, más restringido en su libertad de opinión y confuso ante una nueva «realidad» que lo desborda.

Es la era de internet y de la sobreinformación, en la que es complicado saber cómo comportarnos. En resumen, una dictadura blanda y sutil que va ganando terreno en pilares como el derecho romano (la igualdad ante la ley), la lógica griega (el razonamiento por sobre las emociones) y la libertad de expresión, que son algunas de las raíces de nuestras democracias modernas occidentales.

«JESÚS, EL HOMBRE MODERNO. 10 «leyes» para sobrevivir a tiempos posmodernos» es un ensayo que toma a Jesús como arquetipo del hombre moderno, y toma sus dichos y actos para contraponerlos con la actual doctrina posmoderna, en un intento por construir una guía que ponga un poco de luz en una época tan oscura.

## OTROS TÍTULOS DEL AUTOR (AMAZON)

«**EL RUGIDO SECRETO**» (Kindle)



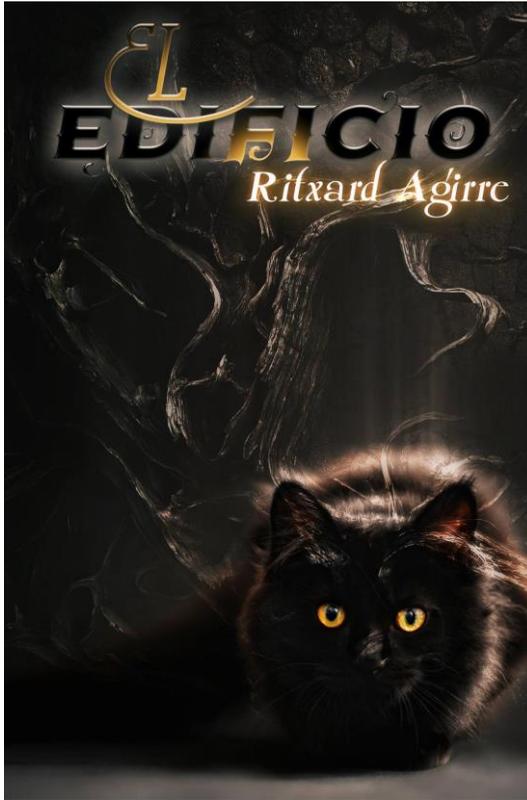
Ander turriaga es el delantero estrella de los leones, y Nagore Muñoz, la líder del partido conservador en Euskadi. Sus caminos se cruzarán con un destino incierto.

«El Rugido Secreto» es una novela de amor, pasión, fútbol y política. La ciudad de Bilbao y el Athletic se suman a la historia como personajes destacados y le aportan su carisma. Esta historia narra el feroz partido que se disputa entre la mente y el corazón, sin un claro favorito.

«**El Rugido Secreto**» también disponible en formato físico en [oraculodedelfos.com](http://oraculodedelfos.com)

## OTROS TÍTULOS DEL AUTOR (AMAZON)

VERSIÓN KINDLE «[EL EDIFICIO](#)»



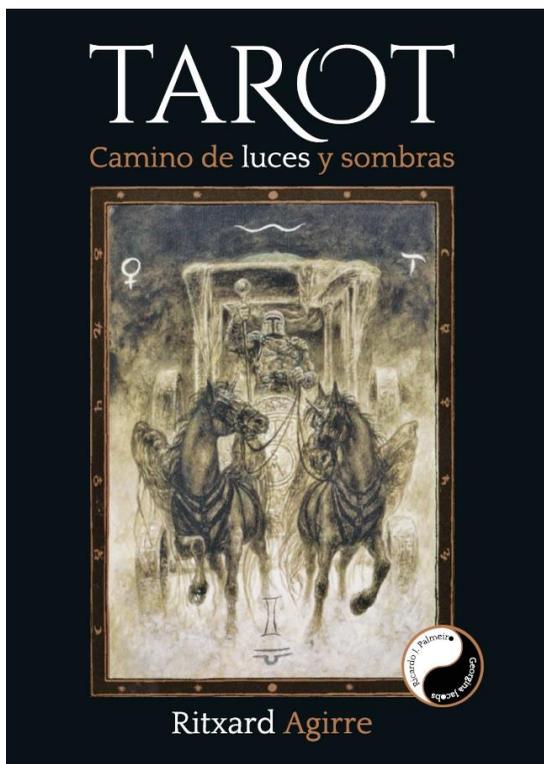
«Un gato negro se cruza en la rutina de Ricardo y lo conduce a un extraño edificio. Un universo insólito de personajes lo aguardan y lo retan a conocer el inmueble con la recompensa de un fabuloso viaje, pero antes deberá superar las más asombrosas pruebas. En un principio, el miedo lo impulsa a salir de allí, pero la curiosidad puede más, y decide quedarse. A partir de ese momento, su destino cambiará para siempre.»

El edificio. Pasión, aventura, fantasía, magia, y revelaciones sorprendentes en una novela para adultos que aún llevan un niño en el corazón.»

«[El Edificio](#)» también disponible en formato físico en [oraculodedelfos.com](http://oraculodedelfos.com)

## OTROS TÍTULOS DEL AUTOR (AMAZON)

«**TAROT. CAMINO DE LUCES Y SOMBRAS**» en VERSIÓN KINDLE.  
EDICIÓN ESPECIAL A TODO COLOR!

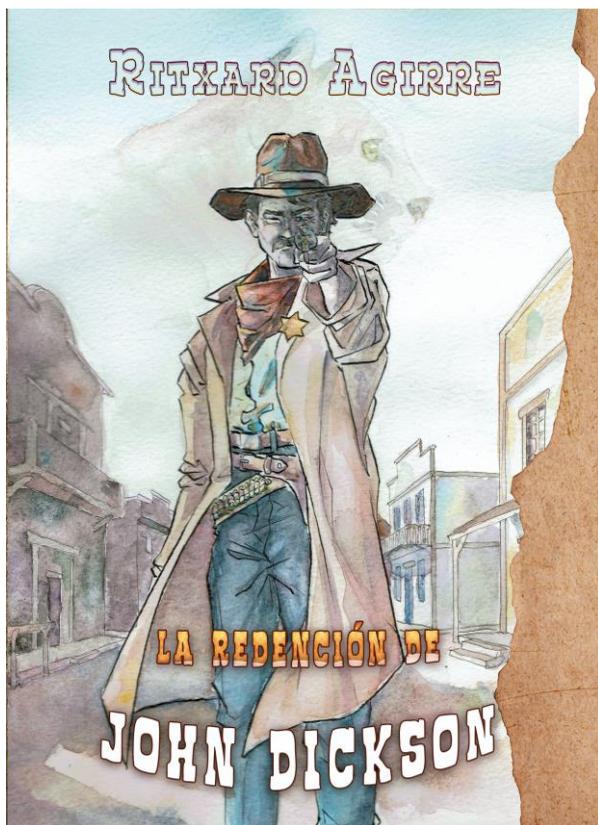


En este ensayo conoceremos los arcanos mayores de forma sencilla y básica, junto al capítulo extra, de Ricardo J. Palmeiro (Historiador y Tarotista), sobre los arcanos menores. Con paciencia, cariño, dedicación y amor, los arcanos empezarán a hablarnos y ya no les dejaremos ir. Serán una parte importante en nuestra vida para siempre.

«**TAROT. Camino de luces y sombras**» también disponible en formato físico en [oraculodedelfos.com](http://oraculodedelfos.com)

## OTROS TÍTULOS DEL AUTOR (AMAZON)

«**LA REDENCIÓN DE JOHN DICKSON**» (Kindle)

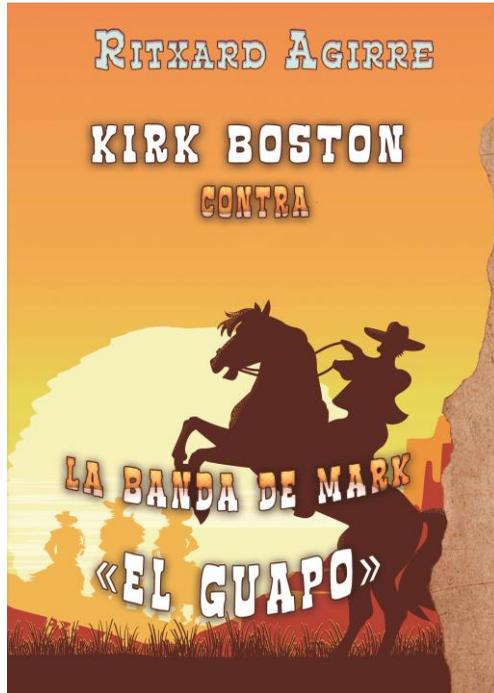


Un nuevo sheriff llega a la ciudad de Jackson City para hacer cumplir la ley y pronto deberá enfrentarse a Lander Watson, el rico terrateniente que somete al pueblo con la ayuda de sus pistoleros, los hermanos Dylan. En esta contienda, el nuevo agente de la ley solo contará con Harvey Wills, un pequeño ganadero, y Frank Moore, el borracho del pueblo.

«La redención de John Dickson» es un western clásico lleno de acción, aires épicos, romance, humor mordaz y tenso dramatismo, que homenajea aquellos films de la edad de oro hollywoodense.

## OTROS TÍTULOS DEL AUTOR (AMAZON)

«[KIRK BOSTON contra la banda de Mark «el Guapo»](#)»  
(Kindle)

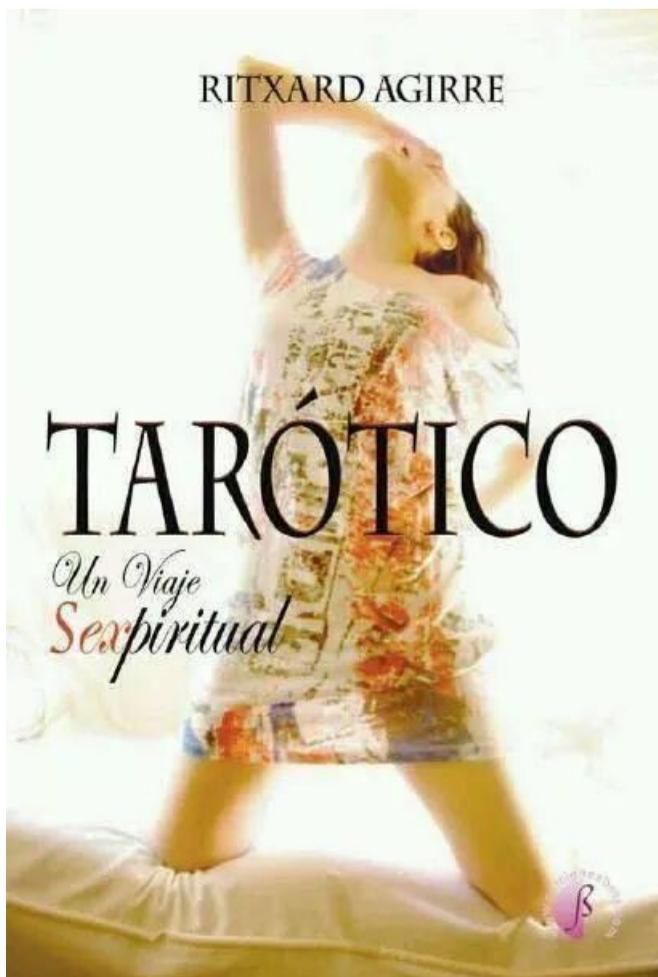


Kirk Boston vive tranquilamente junto a su hijo y su mujer en las afueras de la emergente ciudad texana de Jackson City. Pero esa calma se verá interrumpida por la visita de un forastero que viene a buscarlo en nombre de un poderoso senador para que capture con vida al forajido más sanguinario: Mark Thomas, alias «el Guapo», quien va dejando un rastro de terror, saqueos y asesinatos, allí por donde pasa con su banda.

«KIRK BOSTON contra la banda de Mark «el Guapo»» es un *western* para los amantes del género y para todo aquel que disfrute con una buena historia en la que se combinan acción trepidante, gotas de humor y el dilema del protagonista entre la responsabilidad para con su familia y su profundo sentido del deber: hacer frente y detener al bandido más despiadado del Oeste.

## OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

«[TARÓTICO. Un viaje sexpiritual](#)» también disponible en formato físico en [oraclodedelfos.com](http://oraclodedelfos.com)



## **BLOG DEL AUTOR**

<https://ri2chard.wordpress.com/>



No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).